



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO  
FACULTAD DE PSICOLOGÍA  
MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA CLÍNICA**

**“LA ‘COMPULSIÓN DE REPETICIÓN’ Y LA ‘PULSIÓN DE MUERTE’. HISTORIA, VINCULACIÓN, VICISITUDES Y APORTES POSTFREUDIANOS”**

**TESIS**

**QUE COMO PARTE DE LOS REQUISITOS PARA OBTENER  
EL GRADO DE MAESTRO EN PSICOLOGÍA CLÍNICA**

**PRESENTA:**

**ERICK HURTADO GONZÁLEZ**

**DIRIGIDA POR:**

**DR. CARLOS GERARDO GALINDO PÉREZ**

**SANTIAGO DE QUERÉTARO, QRO., SEPTIEMBRE DE 2012.**



Universidad Autónoma de Querétaro  
Facultad de Psicología  
Maestría en Psicología Clínica

“La ‘compulsión de repetición’ y la ‘pulsión de muerte’.  
Historia, vinculación, vicisitudes y aportes postfreudianos”

**TESIS**

Que como parte de los requisitos para obtener el grado de  
Maestro en Psicología Clínica

**Presenta:**

Erick Hurtado González

**Dirigido por:**

Doctor Carlos Gerardo Galindo Pérez

**SINODALES**

Dr. Carlos Gerardo Galindo Pérez  
Presidente

  
Firma

Dra. Ma. Laura Sandoval Aboytes  
Secretario

  
Firma

Mtra. Gabriela Ordaz Guzmán  
Vocal


  
Firma


Mtra. Sonia Sujell Velez Baez  
Suplente

  
Firma

Mtro. Rolando Javier Salinas García  
Suplente

  
Firma

  
MDH Jaime Eleazar Rivas Medina  
Director de la Facultad

  
Firma  
Dr. Inocencio Torres Pacheco  
Director de Investigación y  
Posgrado

Centro Universitario  
Querétaro, Qro.  
Septiembre 2012  
México

## RESUMEN

En esta tesis se realiza un análisis de la obra freudiana que versa sobre *la compulsión de repetición* y *la pulsión de muerte*, y de la manera en que ambos conceptos se entrelazan de forma explícita en el escrito clave de “Mas allá del principio del placer” de 1920. Posteriormente se trabaja a la *compulsión de repetición* desde la óptica del síntoma, cuestión que permite apreciar la forma en que funciona la psique del sujeto desde lo que propiamente es una producción del inconsciente. Enseguida, se plantea el supuesto plagio que Sigmund Freud hizo del concepto de *pulsión de muerte*, el cual es atribuido por algunos autores a la psicoanalista Sabina Spielrein. Por último, recopila las elucubraciones de teóricos franceses contemporáneos que han llevado a cabo estudios específicos sobre el tema de *la pulsión de muerte*, con el fin de ubicar si sus argumentos encajan en las propuestas de Freud o Spielrein, lo que complementa las posturas sobre aquello a lo que cada uno se refería cuando se expresaba desde sus propias teorizaciones. Concluyendo, se explica la relación de correspondencia entre la práctica clínica y su derivado la compulsión de repetición, con su contraparte en la especulación teórica, la pulsión de muerte y como ello forzó a una reconceptualización de las ideas y de la forma de intervenir en el psicoanálisis. También se deduce como la compulsión de repetición hace las veces de síntoma, el cual se exterioriza en conductas encaminadas a instaurar la represión. Finalmente, se esclarece como es que Sabina Spielerein hablaba de un *instinto* de destrucción como tal, y que aquello de lo que Freud dialogaba era de una *pulsión* de muerte en el sentido que respalda la teoría psicoanalítica, entendiendo a la *pulsión de muerte* como un opuesto, un contrario de la pulsión de vida en la escala de las pulsiones y no como elemento inherente contenido en la pulsión de vida.

**(Palabras clave:** compulsión de repetición, pulsión de muerte, psicoanálisis)

## SUMMARY

This thesis is an analysis of the Freudian work that deals with *the compulsion to repeat and the compulsion to death*, and in the way that both concepts are interwoven explicitly on the key writing of "more than the pleasure principle" of 1920. Later working at the *repetition compulsion* from the viewpoint of the symptom, which allows us to appreciate the way that works the psyche of the subject from what itself is a production of the unconscious. Then arises the alleged plagiarism that Sigmund Freud made the concept of *death drive*, which is attributed by some authors to the psychoanalyst Sabina Spielrein. Finally, collect speculation of contemporary French theorists who have carried out specific studies on the subject of *the death drive* in order to locate if their arguments fit into proposals for Freud or Spielrein, which complements the positions on what each was referring when expressed from its own theorizations. In conclusion, discusses the relation of correspondence between clinical practice and its derivative the compulsion to repeat, with its counterpart in theoretical speculation, the impulse of death and how this forced a conceptualization of ideas and how to intervene in psychoanalysis. It also follows as the repetition compulsion serves as a symptom, which externalises in behaviors aimed at establishing the suppression. Finally, is it clear as Sabina Spielerein spoke of an *instinct* of destruction as such, and that what Freud speaking was an *impulse* of death in the sense that it supports the psychoanalytic theory, understanding to the *death drive* as an opposite, a contrary impulse of life on the scale of drives and not inherent element contained in the impulse of life.

**(Key words:** repetition compulsion, death drive, psychoanalysis)

**A Yet y Gael**

Por haber iniciado este recorrido conmigo, estar durante mi extravío, y al final, darme las fuerzas para concluirlo.

## **AGRADECIMIENTOS**

La Maestra Carmen Cuellar Zavala me asesoró en la elaboración de la primer parte de este trabajo, a ella le agradezco por haberme dedicado tiempo de entre su muchas actividades, por su paciencia, su guía y sus acertados señalamientos.

El Doctor Carlos Gerardo Galindo Pérez, quien me dirigió en un segundo momento hasta la conclusión de la tesis, por medio de su acompañamiento y de haberme compartido su conocimiento de manera clara y concisa me permitió el haber llegado a mi objetivo. Mil gracias también.

Un especial reconocimiento a mi Padre, Doctor Jorge Hurtado Ramírez, su apoyo incondicional en todo sentido y su ejemplo de preparación académica me han impulsado a seguir con mi formación profesional.

# INDICE

	<b>Página</b>
Resumen	i
Summary	ii
Dedicatorias	iii
Agradecimientos	iv
Introducción	1
I. LA COMPULSIÓN DE REPETICIÓN Y SU RELACIÓN CON LA PULSIÓN DE MUERTE.	 4
1. Los antecedentes de la compulsión de repetición	5
1.1 Distinguiendo la compulsión de la represión; 1896.	5
1.2. La aparición del concepto de Compulsión de repetición.	6
1.3. La repetición ¿fracaso de la represión?	9
1.4. El enigmático retorno de lo igual.	10
1.5. La pulsión y su división	14
1.5.1. Primacía del principio del placer	14
1.5.2. El dominio de lo biológico	15
1.5.3. Pulsión de destrucción, posterior pulsión de muerte	16
1.6 1920: más allá de la constancia...el principio de nirvana	18
1.6.1. El reordenamiento	18
1.6.2. Los tres referentes clave y el nuevo cambio en la técnica psicoanalítica	 20
1.6.3. Cambios en la tópica	24
1.6.4. El vínculo entre compulsión de repetición y pulsión de muerte	25
II. LA COMPULSIÓN DE REPETICIÓN CONSIDERADA DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL SÍNTOMA	 31
2.1 La pulsión que opera en el silencio	31

III.	LA PULSIÓN DE MUERTE, ¿AUTORÍA O PLAGIO DE FREUD?	46
IV.	LA PULSIÓN DE MUERTE ¿CONTINENTE O CONTRA-PARTE DE LA PULSION DE VIDA?	59
	CONCLUSIONES	75
	BIBLIOGRAFÍA	78



# INTRODUCCIÓN

Por medio de esta tesis pretendemos realizar un recuento y un análisis de aquella parte de la obra freudiana que versa sobre dos categorías en particular, *la compulsión de repetición* y *la pulsión de muerte*, fenómenos observable uno y construcción teórica el otro, que buscaremos entrelazar de manera que nos muestren todas las posibles aristas de su vinculación. Para ello echaremos mano desde luego de varios textos, ya que si bien es cierto existe un escrito clave donde de manera indispensable nos detendremos a trabajar dicha conexión, me refiero a “Mas allá del principio del placer” de 1920, existen antes de este otros tantos textos que se remontan aún a los inicios del psicoanálisis en los cuales también necesariamente tendremos que adentrarnos para poder ubicar la semilla de toda esta cuestión. Analizaremos por qué esta problemática tomó un desarrollo tan sustancial en la teoría freudiana y por qué la *compulsión de repetición* y la *pulsión de muerte* llegaron a ocupar posiciones predominantes en la escala de jerarquías de sus conceptos. Así mismo, de manera indispensable revisaremos las pruebas que Freud arguye como sostén de sus tesis en los distintos momentos de su obra que competen al tema, pero fundamentalmente nos interesaremos por aquellas que le permiten ejemplificar la repetición como experiencia tangible de la pulsión de muerte. Y todo lo anterior tendrá como finalidad para nosotros el dilucidar las razones por las cuales los conceptos y principios esbozados antes de 1920 y los logros teóricos de aquel entonces, se vieron incapacitados para dotar a Freud de las respuestas que éste necesitaba ante las interrogantes que se le fueron presentando como insalvables en su ejercicio del psicoanálisis.

Posteriormente, intentaremos realizar una segunda liga, trabajar el análisis de la *compulsión de repetición* desde una óptica diferente a la anterior, la del síntoma, cuestión en la que nos esforzaremos por construir una deducción que nos valide la viabilidad de dicha apuesta, la de apreciar la forma en que funciona la psique del sujeto desde lo que propiamente es una producción del inconsciente.

Enseguida, nos avocaremos a replantearnos el supuesto plagio, así considerado por algunos autores, que Freud hizo del concepto de *pulsión de muerte*. Buscaremos, más allá de simplemente pretender ubicar mártires o culpables, desentrañar la naturaleza de este tópico y establecer en la medida de lo posible si aquello que Freud plantea con dicha categoría puede ser ubicado como el calco de un concepto ajeno únicamente presentado con nombre distinto, o si bien quienes así opinan, apresurados por su juicio y ansia de justicia, confunden el manejo más o menos compartido de ideas de los intelectuales de la época de Freud, con el robo de un concepto, de una autoría, de un crédito.

Para poder realizar lo anterior, de modo ineludible llevaremos a cabo el abordaje de aquella autora con quién se mantiene en disputa a Freud, la psicoanalista Sabina Spielrein, de la cual retomaremos la parte de su obra que se ocupa de un concepto por ella propuesto, de nombre *instinto de destrucción*, precisamente del que buscaremos ocuparnos para sopesar la posibilidad de cimentar un paralelo con la citada *pulsión de muerte*.

Por último, nos detendremos a recopilar las elucubraciones de ciertos teóricos franceses contemporáneos, todos ellos reconocidos autores dentro del ámbito psicoanalítico, quienes han llevado a cabo estudios específicos sobre el tema de *la pulsión de muerte*, pero esto no precisamente por razones de su nacionalidad, sino porque de las teorizaciones realizadas en época actual en el terreno de las pulsiones, no sobran quienes al respecto realicen desarrollos; ello no les resta mérito, pero confiere al elemento de su país de origen el valor de una mera coincidencia. Fijaremos con el fin de ponerlos a dialogar, los puntos de encuentro y las desavenencias entre sus posturas, así como también analizaremos si sus argumentos y posicionamientos encajan en las propuestas que con relación al mismo punto llevaron a cabo en su momento Freud o Spielrein, lo que nos llevará a complementar las respuestas ya extraídas sobre aquello a lo que cada uno se refería cuando se expresaba desde sus propias teorizaciones. Y nos contestaremos gracias a ello, acerca del carácter específico de la pulsión de

muerte como polo opuesto de un continuo con la pulsión de vida, o como contenedor que envuelve y determina a la misma.

Cerraremos nuestra tesis quedando claros de la naturaleza, vínculos, discrepancias y polémicas desatadas por los conceptos en cuestión, pero sobre todo del papel que juegan en la estructura que sostiene a la teoría psicoanalítica.

## ***CAPÍTULO 1.- LA COMPULSIÓN DE REPETICIÓN Y SU RELACIÓN CON LA PULSIÓN DE MUERTE.***

El presente capítulo tiene como finalidad hacer un recorrido, a la vez que un recorte, de aquellos textos Freudianos en los que se trabajan dos conceptos básicos de la teoría psicoanalítica: la *compulsión de repetición*, y la *pulsión de muerte*, el primero develado por la práctica clínica ejercida por Freud y el segundo, inducido teóricamente. La intención, ya planteada en el título, es la de poder analizar la manera en que el autor establece la relación de correspondencia teórico-clínica entre ambas categorías. Para ello, nos remontaremos a los escritos en los que realizaremos un rastreo de los antecedentes de la compulsión de repetición y la división de las pulsiones, tratando de dar cuenta de cómo es que éstos se fueron constituyendo hasta alcanzar la jerarquía con que se consolidaron en el texto mayor de “Más allá del principio del placer” (Freud, S. 1920). Una vez llegado este punto, retomaremos los tres referentes clínicos a partir de los cuales Freud desprende su concepción sobre la compulsión a la repetición. Nos referimos a los sueños de quienes padecen de neurosis traumática, la observación del juego infantil del “fort-da” y la repetición en transferencia de los sujetos en el análisis. Además, analizaremos la manera en que –derivado de lo anterior- realiza la construcción del concepto de *pulsión de muerte*, influido por varios factores, entre otros, el hecho de que los referentes clínicos, señalados anteriormente, no podrían ser explicados a partir del *Principio del Placer*, principio rector del funcionamiento del aparato psíquico hasta antes de 1920.

## 1.- LOS ANTECEDENTES DE LA COMPULSIÓN DE REPETICIÓN

### 1.1- Distinguiendo la *compulsión* de la *represión*; 1896.

Son finales del año 1896, y al interior de su correspondencia con Fliess, en la Carta 52, Freud define la represión como la denegación de la traducción de material psíquico de un periodo a otro. Es necesario aclarar que Freud dice aquí trabajar con el supuesto de que el “mecanismo psíquico” se genera por estratificación sucesiva, porque de tiempo en tiempo las huellas mnémicas preexistentes se reordenan según nuevos nexos, y que de ese modo se da una retranscripción {Umschrift}. Entonces las transcripciones que se siguen unas a otras forman la operación psíquica de épocas sucesivas de la vida. De tal modo que periodo y fase psíquica los toma como ese lapso durante el cual las mismas “leyes psicológicas” valen para el material inscrito en el aparato psíquico. Especifica que al interior de una misma fase psíquica y entre transcripciones de la misma variedad, se activa una defensa normal a causa de un desarrollo de displacer, y que en cambio una defensa patológica sólo existe contra una huella mnémica todavía no traducida de una fase anterior. Lo decisivo para que esto se lleve a cabo de una manera u otra -además de que la huella mnémica (suceso) origine displacer y sea de una fase anterior- es la naturaleza sexual del acontecimiento. Pero pese a lo recién afirmado, Freud hace ya en el momento en que elabora esta misiva una puntualización sumamente aclaradora y pertinente; dice que no todas las vivencias sexuales desprenden displacer, que incluso en su mayoría desprenden placer y que debido a ello su reproducción irá entonces ligada con un placer no inhibible, el cual constituye así una compulsión. Todo lo anterior, menciona, lleva a las siguientes tesis: *“Cuando una vivencia sexual es recordada con diferencia de fase, a raíz de un desprendimiento de placer se genera compulsión, a raíz de un desprendimiento de displacer, represión. En ambos casos la traducción a los signos de la nueva fase parece estar inhibida”*<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> El subrayado es nuestro

(Freud, S. I. 2001: 277). Es sumamente interesante y apto para los fines que perseguimos el que en un momento tan temprano del pensamiento freudiano aparezca ya la noción de *compulsión* como un fenómeno psíquico, que en esta carta alude a un mecanismo aislado de la pulsión la cual no ha hecho todavía su aparición en el panorama dado que aún no se ha desarrollado en esta fecha una teoría psicoanalítica que la sustente, si no que se encuentra en vías de constituirse en tal a través de producciones de la pluma de Freud como la que ahora nos ocupa.<sup>2</sup> No se habla aquí pues de una *compulsión de repetición*, pero sí de una *compulsión* ‘a secas’ que se presenta como necesaria para dar cuenta de algo que insiste y que se niega a ser dominado, a ser sometido a voluntad, a hacer desaparecer sus manifestaciones y que además comparte un rasgo que lo une a la represión, el de su inconciencia. Y a la par de lo ya observado, es de suma importancia no dejar de indicar que dicha compulsión no viene sola, sino que está acompañada de una inhibición de la traducción a pesar del placer que desprende su evocación.

## **1.2.-La aparición del concepto de *Compulsión de repetición***

Nos ubicamos ahora 18 años después de la carta 52, el artículo es “Recordar, repetir y reelaborar” (Freud, S. 1914). Respecto de éste James Strachey señala, en una nota introductoria que elabora para las obras completas, que aparte de poseer interés técnico el mencionado trabajo se destaca debido a que en él hacen su aparición por vez primera los conceptos de *compulsión de repetición* y *de reelaboración*. En el escrito referido y tomando como marco el costado clínico de la repetición, Freud nos dice que en muchas ocasiones cuando a un paciente de diversas experiencias de vida y larga sintomatología se le pide seguir la regla de la asociación libre, se esperaba que las ocurrencias fluyeran en

---

<sup>2</sup> Recordemos el título del Tomo en el que se incluye esta carta (I) “Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en la vida de Freud”.

torrente, y que sin embargo, éste al principio calla y asegura que no se le viene palabra alguna a la mente, singular fenómeno que empuja a nuestro autor a afirmar que esa es la repetición de una actitud homosexual que surge como resistencia a todo recordar y que “...durante el lapso que permanezca en tratamiento no se liberará de esta compulsión de repetición; uno comprende, al fin, que esta es su manera de recordar”<sup>3</sup> “Recordar, repetir y reelaborar” (Freud, S. XII. 2004: 152).

Resulta llamativo y a la vez incomprensible para nosotros el hecho de que Freud considere a esta recién denominada compulsión de repetición como la repetición de una *actitud homosexual*, no hay una explicación abocada a especificar el por qué de ello y nuestros alcances no nos permiten, por lo menos en este punto, obtener una respuesta satisfactoria. Sin embargo, lo más destacable es que se percate, tal como lo menciona, que es precisamente esa *su manera de recordar*, que no cuenta con otra forma para hacerlo, lo cual lo encamina implícitamente también al terreno de la transferencia si tomamos en cuenta que la transferencia, como lo señala Freud, es sólo una pieza de repetición y la repetición es la transferencia del pasado olvidado. Cabe mencionar que la noción compulsión de repetición, trabajada en este texto desde su costado clínico, la encontraremos nuevamente en un artículo de 1919 titulado “Lo ominoso”. En dicho trabajo Freud afirma que la *compulsión de repetición* otorga carácter demoníaco a determinados aspectos de la vida anímica; que se observa con mucha claridad en las aspiraciones del niño pequeño y que rige el análisis de los neuróticos en una parte de su desarrollo, todo lo cual forma parte de las pruebas invocadas en apoyo de la tesis general de 1920: “Más allá del principio del placer”. ¿Qué es lo que Freud entiende por carácter demoníaco? Tomaremos la respuesta a este cuestionamiento la encontramos en su artículo “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, 32ª conferencia ‘Angustia y vida pulsional’ de (1933 [1932])

---

<sup>3</sup> El subrayado es nuestro.

También fuera del análisis es posible observar algo semejante. Hay personas que durante su vida repiten sin enmienda siempre las mismas reacciones en su perjuicio, o que parecen perseguidos por un destino implacable, cuando una indagación más atenta enseña que en verdad son ellas mismas quienes sin saberlo se deparan ese destino. En tales casos adscribimos a la compulsión de repetición el carácter de lo *demoníaco* (Freud, S. XXII. 2001: 99).

Ubicándonos de nueva cuenta en “Recordar, repetir y reelaborar” (Freud, S. 1914) y retomando algunos aspectos de la relación de la *repetición* con la *resistencia* y con el *recuerdo*, Freud señala que el analizante repite en lugar de recordar, y repite bajo las condiciones de la resistencia, por lo que considera válido preguntar ¿qué es lo que el sujeto en análisis repite o actúa? Y la respuesta que concede es que repite todo lo que desde las fuentes de su reprimido ya se ha abierto paso hasta su ser manifiesto: sus inhibiciones y actitudes inviables, así como sus rasgos patológicos de carácter. Y además, asegura, durante el tratamiento repite sus síntomas. Entendemos así entonces, que a la enfermedad del analizante es necesario tratarla como un *poder actual* y no como un *episodio histórico*, ya que a pesar de que proviene de su pasado –por decirlo de algún modo, aunque esto no sea tal cual- actúa en su presente, siendo en éste donde se puede intervenir. Varios años después de Freud, Jaques Lacan hablará de cierta concepción de historia que nosotros evocamos en este momento de nuestro comentario a Freud: “*La historia no es el pasado. La historia es el pasado historizado en el presente, historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado*” “Los escritos técnicos de Freud” (Lacan, J. 1981: 6). Para definir adecuadamente lo anterior Freud usaría el término ‘*Geschichte*’, Lacan también, y es que ‘*Historie*’ es la historia pasada, la que se narra, la historia de la humanidad. ‘*Geschichte*’ que es una de las dos maneras de decir historia en alemán, en cambio, es aquello en lo que el sujeto se reconoce correlativamente en el pasado y en el porvenir.



### 1.3.- La repetición ¿fracaso de la represión?

Un año después del trabajo anteriormente citado se publica en 1915 el artículo “La represión”, Freud distingue allí entre la *represión primordial*, que se origina cuando a la agencia representante psíquica le es denegado su acceso a la conciencia, produciéndose de ese modo una fijación, permaneciendo inmutable y ligada a la pulsión, y por otro lado la *represión propiamente dicha*, que opera sobre las representaciones reprimidas dando caza a los retoños o mutaciones de la agencia representante de pulsión o a pensamientos asociados a ella. Siguiendo esta argumentación menciona que para los síntomas neuróticos hay un requisito previo, el haberse alejado lo suficiente del representante reprimido como para permitir así a los retoños del mismo no ser reconocidos y llegar por esa vía a ser conscientes. Por otro lado es necesario establecer los 3 posibles destinos de los afectos -el otro componente de la pulsión-: son sofocados, coloreados cualitativamente con otro afecto o son mudados en angustia. Recordemos que para Freud, desde este escrito, “La represión”, el afecto no tiene el mismo destino que la representación, ya que solamente las representaciones caen bajo el efecto de la represión, los afectos en cambio no se reprimen.

¿Cómo es entonces que lo ya dicho posibilita la construcción teórica de *la represión* y su funcionamiento? Freud nos dice que de la misma nada se sabe sino en su fracaso ya que no tiene otro propósito que evitar el displacer, por lo que el destino del afecto de la agencia representante es más importante que el destino de la representación. Entonces si una represión no consigue impedir que se produzca displacer o angustia ha fracasado, aunque haya cumplido su objetivo en lo que se refiere a la representación. Y como ejemplo de una represión fracasada trae a colación la fobia a los animales, ya que logra su objetivo en cuanto a la representación original la cual es reprimida y sustituida por otra distinta: caballo, alacrán, perro, etc., pero los afectos displacenteros sí se despliegan ante el avistamiento del animal en cuestión. Estos actúan a su vez como una descarga de la pulsión percibida como sensación.

La represión fracasada sería entonces el único movimiento que permitiría dar cuenta, a posteriori, de la incidencia de la represión exitosa contra ciertas representaciones, al mismo tiempo que el despliegue del síntoma, entendido éste último en palabras de Freud como el *retorno de lo reprimido*. Hay una insistencia de la representación que fue reprimida que convoca a su retorno, a su nueva puesta en escena, que evoca el movimiento de la repetición. Razón por la cual nos interrogamos ¿cuál es la relación posible entre el *fracaso de la represión* y el movimiento de la *repetición* que Freud señaló en 1914 cuando hace la observación clínica de que el sujeto en análisis no logra mediante el recuerdo el acceso a las representaciones inconscientes, sino que repite, en acto y en transferencia, las mociones pulsionales inconscientes? Esta lectura que llevamos a cabo -sin ser una reproducción fiel de lo señalado por Freud en el año citado- es una cuestión que mantenemos en su estatus de interrogación.

#### **1.4.- El enigmático retorno de lo igual.**

Siguiendo con nuestro rastreo cronológico al interior de la producción Freudiana llegamos a 1919 al texto titulado en español “Lo ominoso”. Se trata de un aporte previo al texto mayor de 1920 “Más allá del principio del placer” en torno al tema de la compulsión de repetición, del cual nos parece importante retomar la idea de lo que en ese contexto llama: *el permanente retorno de lo igual*. Noción que si bien no tiene la importancia que tendrá la categoría de *compulsión de repetición* desplegada en “Más allá del principio del placer” (Freud, S. 1920), anticipa -no obstante de manera muy breve- la posible ligazón de la repetición con la naturaleza de las pulsiones, aunque sin ninguna alusión específica todavía hacía el tema de la pulsión de muerte. El artículo comienza indicándonos cómo es que puede llegarse a un entendimiento de *lo ominoso*, nos dice que hay dos caminos para esclarecerlo: uno es indagar el significado que la palabra ‘ominoso’ ha obtenido a través del desarrollo de la lengua y otro concentrar todo lo que nos

despierta el sentimiento de lo ominoso en personas y cosas, impresiones de los sentidos, experiencias y sensaciones, extrayendo entonces la naturaleza básica de lo ominoso a partir de aquello compartido por todos los casos. La duda que nos surge en esta ilación de ideas de nuestro autor es ¿cómo hacer para agrupar todo aquello que nos despierta el sentimiento de lo ominoso si antes no tenemos establecida su naturaleza básica? una cosa es agrupar todo aquello que nos despierta el sentimiento ominoso, otra sería, si entendemos lo mismo por ominoso para dar cuenta de qué es lo que estamos agrupando. Y finalmente, quién hace la agrupación. No nos detendremos por ahora en esta cuestión, sin embargo, nos parece importante señalarla.

Volviendo al artículo, Freud agrega que las dos vías ya expuestas para determinar el sentido de lo ominoso llevan al mismo resultado, a saber que es la variante de lo terrorífico que hace alusión a lo ya vivido con anterioridad, a lo que nos es familiar desde hace largo tiempo. Y posterior a esta explicación se pregunta ¿cómo es posible que lo familiar se convierta en ominoso, terrorífico, y bajo qué circunstancias ello ocurre? La pregunta abierta busca respuesta apoyándose en el campo de la literatura, más específicamente, en la obra de un escritor que Freud considera especialista en textos de carácter ominoso: E. T. A. Hoffman. De la pluma de éste, nos comenta, surge una novela llamada 'Los elixires del diablo', la cual deja ver toda una serie de motivos a los que se podría adjudicar el efecto ominoso de la historia. Nos dice que al final del libro cuando se agregan las premisas de la acción que hasta ese momento se habían reservado, el resultado no es el esclarecimiento del lector, sino su perplejidad total, ya que Hoffman ha acumulado demasiados elementos homogéneos, y que la impresión del conjunto no se ve afectada debido a ello, pero sí su comprensión. Añade que es necesario, debido a la riqueza y complejidad de la novela, conformarse con destacar los motivos más sobresalientes de entre todos aquellos que poseen la capacidad de despertar dicho efecto ominoso, con la finalidad de investigar si admiten ser derivados de fuentes infantiles. Y señala los siguientes:

[...] la presencia de <dobles> en todas sus gradaciones y plasmaciones, vale decir, la aparición de personas que por su aspecto idéntico deben de considerarse idénticas; el acrecentamiento de esta circunstancia por el salto de procesos anímicos de una de estas personas a la otra –lo que llamaríamos telepatía-, de suerte que una es coposeedora del saber, el sentir y el vivenciar de la otra; la identificación con otra persona hasta el punto de equivocarse sobre el propio yo o situar el yo ajeno en el lugar del propio –o sea, duplicación, división, permutación del yo-, y, por último, el permanente retorno de lo igual, la repetición de los mismos rasgos faciales, caracteres, destinos, hechos criminales, y hasta de los nombres a lo largo de varias generaciones sucesivas<sup>4</sup> (Freud, S. XVII. 2003: 234).

En “Más allá del principio del placer” (1920), en la pág. 22, Freud cita entre comillas una frase similar: *el eterno retorno de lo igual*, sólo que allí se refiere en específico a la conducta activa de individuos en quienes todas sus relaciones humanas llevan a un desenlace idéntico, conducta en la cual se puede descubrir el rasgo de carácter que permanece igual en ellos, exteriorizándose forzosamente en la repetición de vivencias idénticas.

Lo anterior es importante resaltarlo ya que conduce a Freud a lo que él denomina *el factor de la repetición de lo igual*, del cual afirma que quizás no sea aceptado por todas las personas como fuente del sentimiento ominoso, pero que sin embargo, según sus observaciones, bajo ciertas condiciones y en combinación con determinadas circunstancias genera, sin lugar a la equivocación, un sentimiento de ese tipo, que además evoca *el desvalimiento de muchos estados oníricos*. Una mejor confirmación de lo que recién se ha señalado se encuentra plasmada en las siguientes palabras de Freud “...es sólo el factor de la repetición no deliberada el que vuelve ominoso algo en sí mismo inofensivo y nos impone la idea de lo fatal, inevitable, donde de ordinario sólo habríamos hablado de <casualidad>”<sup>5</sup> (Freud, S. XVII. 2003: 237). Es relevante destacar que aquí ya se comienza a hablar explícitamente de una repetición *no deliberada*, es decir, de algo que insiste fuera de la voluntad del yo, que la insistencia es inconsciente.

---

<sup>4</sup> El subrayado es nuestro

<sup>5</sup> El subrayado es nuestro

Pero lo más interesante del escrito está aún por venir, ya que Freud adelanta de modo resumido aquello que desarrollará posteriormente referente a la compulsión de repetición y que está determinado por lo observado en su práctica clínica y la relación de ello con la teoría psicoanalítica. Nos dice que sólo de manera breve puede indicar en este trabajo el modo en que lo ominoso del retorno de lo igual puede deducirse de la vida anímica infantil y nos remite a una exposición más detallada que se desarrolla, según expresa, en otro contexto, refiriéndose a “Más allá del principio del placer” (1920), publicada un año más tarde que el presente artículo, en cuyos capítulos II y III profundiza sobre las diversas manifestaciones de la compulsión de repetición que más abajo citaremos. Asevera que en lo inconsciente se descubre lo que llama *el imperio* de una compulsión de repetición que probablemente dependa de la naturaleza más íntima de las pulsiones, y esto debe resultarnos de lo más significativo ya que es en este punto donde comienza a entrelazar abiertamente las dos categorías que nos interesa relacionar, lo cual tenemos planteado como objetivo con el título del presente capítulo de nuestro trabajo: *la compulsión de repetición y su relación con la pulsión de muerte*. Freud estipula que la cada vez más presente compulsión de repetición “*tiene suficiente poder para doblegar al principio de placer, confiere carácter demoníaco a ciertos aspectos de la vida anímica, se exterioriza todavía con mucha nitidez en las aspiraciones del niño pequeño y gobierna el psicoanálisis de los neuróticos en una parte de su decurso*” (Freud, S. XVII. 2003: 238). Culmina expresando que todo lo anterior nos hace esperar que se sienta como ominoso precisamente aquello capaz de recordar a esa *compulsión interior de repetición*. Lo ominoso, entendemos así, se ubica a nivel del sentir, de la sensación, del sentimiento, en lo cual Freud se apoya para ir trabajando y dando forma a la compulsión de repetición, la que se ubica, deducida de sus manifestaciones, en el terreno de la clínica psicoanalítica.

## 1.5 .- LA PULSIÓN Y SU DIVISIÓN

### 1.5.1.- Primacía del principio del placer

Pasemos ahora al rastreo de la segunda categoría que nos ocupa, la de la pulsión de muerte. Freud va a sentar las bases de la pulsión, de manera general, haciendo una separación de sus componentes así como de sus variedades, y a mencionar a la par de ello, si bien es cierto que de manera breve, cómo es que se puede hablar de una pulsión de destrucción, no obstante aún no le otorgue los alcances que posteriormente va a tener para su teoría. Sin embargo, en principio requerimos determinar qué es lo que debemos entender por pulsión y cómo es que se inserta ésta en el entendimiento del psiquismo humano. Situémonos en 1915, en su trabajo “Pulsiones y destinos de pulsión”, allí expone que la esencia de la pulsión es que proviene de lo que llama *fuentes de estímulo* que se encuentran en el interior del organismo y que emergen como *fuerza constante*, lo que trae por consecuencia que no se pueda huir de ella. A la par plantea la manera como se regulan los procesos del aparato psíquico, pero en ese momento apoyado en su contraparte orgánica, por lo que denomina al sistema nervioso como ‘un aparato’ que tiene la función de liberarse y reducir al nivel más mínimo los estímulos que percibe y que en última instancia aspira a estar libre de cualquier tipo de estímulo. Se establece así –por lo menos en este momento- una continuidad entre sistema nervioso-aparato psíquico, lo que encamina a Freud a postular las leyes para su funcionamiento junto con el principio de ello resultante

Y si después hallamos que la actividad del aparato psíquico, aún del más desarrollado, está sometida al principio de placer, es decir, es regulada de manera automática por sensaciones de la serie placer-displacer, difícilmente podremos rechazar otra premisa, a saber, que esas sensaciones reflejan el modo en que se cumple el dominio de los estímulos. Y ello con seguridad en este sentido: el sentimiento de displacer tiene que ver con un incremento del estímulo, y el de placer con su disminución (Freud, S. XIV. 2003: 116).

La postura es clara, el principio del placer y su contraparte necesaria el principio de realidad, determinados por la pulsión, rigen el funcionamiento psíquico.

### **1.5.2.-El dominio de lo biológico**

Sin embargo, la explicación que alumbró completamente la cuestión de qué es lo que Freud entiende por pulsión está todavía por llegar cuando nos menciona que si de lo biológico pasamos a la vida anímica

[...] la <pulsión> nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {Repräsentant} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (Freud, S. XIV. 2003: 117).

Tenemos así que Freud se encuentra esperanzado hasta este punto de su teoría en encontrar -compelido por la necesidad de contar con un apoyo para sus ideas- una explicación orgánica para los fenómenos psíquicos; aun así se desvía pero no renuncia a esa senda en su búsqueda al expresar que el estudio de las fuentes pulsionales no le concierne a la psicología, ya que aunque lo decisivo para la pulsión es su origen en el cuerpo, en la vida anímica no la podemos conocer si no es por sus *metas*. Sin embargo, no debemos de olvidar que a la par de ello resalta que hay en la pulsión un elemento que no es del orden del cuerpo, “el representante”, que si bien no es la fuente, sí es el registro de la pulsión en el psiquismo.

Es menester entonces, en base a lo anteriormente afirmado, que busquemos la explicación en Freud de lo que significa esa meta gracias a la cual nos es posible conocer a la pulsión, y es según nos explica, la satisfacción que solamente se puede conseguir suprimiendo lo que designa como el estado de estimulación en *la fuente de la pulsión*. A su vez entonces, necesitamos saber qué

es esa fuente con cuyo estímulo cancelado se satisficiera la pulsión, a lo que nos dice que se refiere al *proceso somático*, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión.

### 1.5.3.-Pulsión de destrucción, posterior pulsión de muerte

Tenemos por consecuencia, a partir de lo retomado en el punto anterior –si la fuente de la pulsión se relaciona con un órgano o una parte del cuerpo, y estos pueden ser diversos- que no se puede hablar de una sola pulsión si no de varias, por lo que surge necesariamente la pregunta ¿qué es lo que diferencia a las operaciones psíquicas que proceden de unas y otras? Freud posterga una respuesta definitiva al problema, pero nos orienta un poco en lo que más adelante dará paso a su abordaje, transformando la pregunta anterior por la siguiente: ¿qué pulsiones pueden establecerse, y cuántas? Indica que la respuesta a esto es muy arbitraria

Nada puede objetarse si alguien usa el concepto de pulsión de juego, de pulsión de destrucción<sup>6</sup>, de pulsión de socialidad, siempre que el asunto lo exija y la rigurosidad del análisis psicológico lo permita. Empero, no puede dejarse de indagar si estos motivos pulsionales, tan unilateralmente especializados, no admiten una ulterior descomposición en vista de las fuentes pulsionales, de suerte que sólo las pulsiones primordiales, ya no susceptibles de descomposición, pudieran acreditar una significación<sup>7</sup> (Freud, S. XIV. 2003: 119).

A pesar de las dificultades que recién subrayó, Freud tiene ya lista una propuesta tentativa para salir del atolladero que le representa el asunto de la clasificación de las pulsiones si bien la considera solamente como transitoria, plantea diferenciar dos grupos de *pulsiones primordiales*: las pulsiones yoicas o de

---

<sup>6</sup> Es necesario señalar aquí que el hecho de que Freud menciona a la pulsión de destrucción dentro de una posible clasificación de las pulsiones, no debe parecerse azaroso en absoluto, ya que ésta había surgido en el psicoanálisis desde 1912 –tres años antes del presente artículo- con las producciones teóricas de Sabina Spielrein, producciones que Freud conocía bastante bien, no obstante se vieran rodeadas en aquel entonces de resistencias en su aceptación por parte de él mismo y de sus discípulos.

<sup>7</sup> El subrayado es nuestro



autoconservación y las pulsiones sexuales. Pero agrega que no es conveniente otorgar a tal clasificación el valor de un supuesto obligatorio, como nos dice sí lo es el de *la tendencia biológica del aparato anímico*; argumenta que es una simple construcción auxiliar que sólo debe respetarse mientras sea útil, y que si es sustituida por otra clasificación no alterará el resultado en cuanto a descripción y ordenamiento de las pulsiones. Freud cierra esta disertación recordando que lo que lo motivó a establecer dicha división fue lo mismo que dio origen al psicoanálisis, las ‘neurosis de transferencia’ (histeria y neurosis obsesivas) y lo que gracias a las mismas le fue posible intuir, que en su origen se encontraba un conflicto entre la sexualidad y el yo. Y tal como lo previera, esta primera clasificación de las pulsiones habría de sufrir una modificación, lo que sin embargo, no alcanzó a prever con toda claridad es que ésta produciría a gran escala toda una restructuración de la doctrina psicoanalítica. El asunto de la pulsión de muerte, desde luego, trae consecuencias fuertes, por lo que nos surgen las interrogantes ¿Cuál es la zona erógena que le corresponde? ¿La musculatura? Mantendremos abierta también estas preguntas por el momento.

Cabe mencionar que una explicación biológica para la pulsión de muerte – adelantándonos aquí un poco a su abordaje- se puede entender quizá de manera un tanto más clara considerándola conjuntamente desde la perspectiva orgánica y también desde el punto de vista filogenético, encaminado él último a denotar que cuando un individuo sirve como eslabón de la especie en la reproducción de nuevos individuos, éste por decirlo de algún modo, cumple su papel y se encuentra entonces en declive hacia su (auto)destrucción. En el texto que abordamos Freud ya lo pensaba de ese modo, aún sin haber ligado todavía la pulsión sexual a la pulsión de muerte. Menciona que la sexualidad no debe compararse a las otras funciones del individuo, y ello debido a que sus tendencias lo superan y tienen como finalidad la producción de nuevos individuos, es decir, la conservación de la especie

[...] dos concepciones del vínculo entre el yo y la sexualidad coexisten con igual título una junto a la otra. Para una, el individuo es lo principal;

esta aprecia a la sexualidad como una de sus funciones y a la satisfacción sexual como una de sus necesidades. Para la otra, el individuo es un apéndice temporario y transitorio del plasma germinal, cuasi-inmortal, que le fue confiado por [el proceso de] la generación (Freud, S. XIV. 2003: 120).

Lo recién enunciado es justamente aquello que Weismann plantea en su 'Teoría del plasma germinal' y que Freud también cita en "Introducción al narcisismo" (1914) pág. 76.

## **1.6.- 1920: MÁS ALLÁ DE LA CONSTANCIA...EL PRINCIPIO DE NIRVANA**

### **1.6.1.- El reordenamiento**

La meta del recorrido cronológico trazado en este nuestro primer capítulo está fijada en 1920, año en el que Freud publica "Más allá del principio del placer". Tal parece ser que comenzó a trabajar en este libro desde inicios de 1919 y señaló que en mayo ya estaba concluido, sin embargo, lo retuvo, por lo que el libro apareció hasta comienzos de diciembre del siguiente año. Este texto marca un hito esencial en la obra Freudiana, no sólo por la riqueza de elementos teóricos tomados de diversas áreas como la biología, la mitología y la filosofía, sino porque en este, Freud atribuye a la *compulsión de repetición* las características de una pulsión que cuenta con el poder para imponerse a las demás pulsiones, y aún más, con la fuerza para hacer caso omiso del principio del placer, que fungía hasta ese momento para el psicoanálisis como regulador de los estímulos recibidos por el aparato psíquico. Así mismo, una tópica que opone lo consciente a lo inconsciente, ya le es insuficiente a Freud para poder dar cuenta de los nuevos fenómenos descubiertos, por lo que también se ve forzado a desarrollar una nueva –la del Yo, Ello y Superyó- que incluya aspectos tanto conscientes como inconscientes del Yo, lo cual trae consigo, a su vez, cambios en la técnica

psicoanalítica que hasta ese entonces consistía en el análisis de las resistencias y que en adelante se convertirá en el análisis de la transferencia.

En relación con las características ya atribuidas a la compulsión de repetición, nos parece ilustrativo mencionar que varios años después, en un esfuerzo por resumir el citado artículo, en la sesión del 24 de noviembre de 1954 del seminario de Lacan, Lefevre Pontalis argumenta que la tendencia a la repetición freudiana se define de manera contradictoria en su meta y en su mecanismo:

1) Definida por su meta nos dice, esta *“parece ser la de dominar aquello que está amenazando un cierto equilibrio, asumir un papel activo, triunfar sobre conflictos no resueltos”* “El yo en la teoría freudiana” (Lacan, J. 1983: 42). La de ligar energía psíquica móvil y favorecer el proceso de elaboración secundaria. Es por tanto generadora de tensión y factor de progreso. *“La idea central es que la tendencia a la repetición modifica la armonía preestablecida entre principio de placer y principio de realidad, y que conduce a integraciones cada vez más amplias, que es, por lo tanto, factor de progreso humano”* (Lacan, J. 1983: 42). La compulsión de repetición estaría más allá del principio del placer, pues sería la condición de un progreso humano en lugar de ser, como el principio del placer, un elemento de seguridad en tanto busca mantener lo más bajos posibles los niveles de excitación del aparato psíquico.

2) Definida por su mecanismo se presenta como automatismo y como regresión. En tanto es algo que compele, que fuerza, que coacciona para expresar repetidamente lo inconsciente no reprimido, no ligado psíquicamente de la vida del sujeto.

La presente referencia la incluimos aquí porque nos aporta de manera resumida dos enfoques distintos y aparentemente encontrados -que más adelante citaremos de modo más puntual-, desde los que se puede apreciar a la

compulsión de repetición, esto porque para Freud la repetición debe adjudicarse a lo inconsciente reprimido, en el sentido de algo que pugna por su expresión, por retornar a la conciencia; y por otro lado, nos señala Pontalis, la misma se ubica según su mecanismo en el terreno de algo –incluso- sin sentido, inconsciente pero no reprimido, que simplemente se esfuerza por re-presentarse una y otra vez de manera automática. A primera vista podría parecernos que se está hablando aquí del *Ello*, sin embargo, se trata de algo anterior a eso, que tiene origen en el ámbito pulsional y no sólo en sus representaciones, surgido del entrecruzamiento del cuerpo con el psiquismo, dando paso de ese modo a las múltiples referencias teóricas de las diversas disciplinas que se trabajan en su dilucidación.

### **1.6.2.-Los tres referentes clave y el nuevo cambio en la técnica psicoanalítica**

Nosotros sin embargo, obrando de manera contraria a Pontalis, realizaremos un examen a manera de análisis y no de síntesis, con el fin de desarrollar de la forma más provechosa posible las ideas de este texto que es central para nuestra investigación. Para comenzar, encontramos que Freud menciona que si nos preguntamos cuales son las circunstancias que impiden que el principio del placer se imponga nos ubicamos sobre un terreno seguro ya que para responder se puede recurrir a numerosas experiencias otorgadas por la práctica del psicoanálisis. Dicho lo anterior, se dispone a justificar los porqués de su afirmación, los cuales se basan en tres situaciones observadas en la clínica. La primera de estas es la que tiene que ver con los sueños de quienes padecen de neurosis traumática, por lo que escribe que el sueño es la vía más confiable para acceder a lo que llama *los procesos anímicos profundos*. Enseguida comenta que los sueños de los traumatizados presentan la característica de llevar al sujeto una y otra vez a la situación de su accidente, de la cual despierta con renovado terror, y agrega que la creencia común acerca de ello es que si la vivencia traumática retorna una y otra vez en el sueño es porque el sujeto sufrió una fuerte impresión que lo dejó *fijado psíquicamente al trauma*. Sin embargo, una posibilidad de

lectura que nos facilita la postura de Freud es otra, la de que si el sueño reconduce al sujeto a la vivencia traumática en repetidas ocasiones es para permitir que se produzca la angustia que no se produjo por lo sorpresivo del momento del trauma, y de esta manera hacer posible –completando así el decurso normal de los procesos psíquicos- el que éste sea tramitado. Otra posibilidad de lectura sería que esto ocurre de tal manera porque algo ha quedado fuera de la posibilidad de ser nombrado, de la posibilidad simbólica, y en este sentido se acercaría a la forclusión; en todo caso, parece, una definición de “trauma” nos permitirá una orientación más adecuada:

Llamemos traumáticas a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo. Creo que el concepto de trauma pide esa referencia a un apartamiento de los estímulos que de ordinario resulta eficaz. Un suceso como el trauma externo provocará, sin ninguna duda, una perturbación enorme de la economía {Betrieb} energética del organismo y pondrá en acción todos los medios de defensa. Pero en un primer momento el principio del placer quedará abolido. Ya no podrá impedirse que el aparato anímico resulte anegado por grandes volúmenes de estímulo; entonces, la tarea planteada es más bien esta otra: dominar el estímulo, ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo que penetraron violentamente a fin de conducirlos, después, a su tramitación (Freud, S. XVIII. 2004: 29).

Otro ejemplo más de lo que quiere demostrar, le es brindado por la observación del juego de un niño de año y medio de edad –por demás normal, nos dice-, el cual debía ser abandonado por su madre (por la cual sentía gran ternura) durante varias horas al día. Dicha observación le es posibilitada por la convivencia durante algunas semanas, bajo el mismo techo, con la familia a la cual pertenecía el niño –el cual se sabe era en realidad su nieto-, nos dice que tal niño tenía el hábito de arrojar lejos de sí mismo a un rincón o debajo de algún mueble todos los pequeños objetos que estaban a al alcance de su mano y que al hacerlo pronunciaba un fuerte y prolongado ‘o-o-o-o’ con expresión de interés y satisfacción, acerca del cual coincidían la madre del menor y Freud no se trataba de una simple expresión de su estado de ánimo o para captar la atención de los oyentes, sino que quería decir ‘*fort*’ (se fue). De este modo, explica, cae en la

cuenta de que eso era un juego y que el niño jugaba así a que sus juguetes ‘se iban’. Añade que un día realizó otra observación que corroboró su hipótesis, vio que teniendo dicho infante un carrito de madera atado con un hilo, no lo arrastró detrás de él para jugar al carrito ni le dio otro uso alternativo que no fuera el de arrojar el carrito sosteniéndolo por la punta del hilo dentro de su cuna, la cual al contar con un mosquitero lo hacía desaparecer de su vista y cuando ello ocurría pronunciaba de la manera acostumbrada el ‘o-o-o-o’, volviendo después a jalar del hilo para extraer el carrito de la cuna, recibéndolo con un amistoso ‘Da’ (acá está). Freud deduce entonces que ese era el juego completo *el de desaparecer y volver*. Explica que la mayoría de las veces sólo había podido presenciar la primera parte de la secuencia, repetida una y otra vez en calidad de juego, pero que el mayor placer sin duda correspondía a la segunda. Y complementa su apreciación anterior señalando que si a lo anteriormente expuesto se objeta que se jugaba a la partida de los juguetes debido a que representaba la condición previa de la alegre reaparición -la cual sería en realidad la finalidad del juego-, ello se ve contradicho debido a que el primer acto, el de la desaparición de aquellos, era llevado a cabo por sí solo y con una frecuencia inusitadamente mayor que el juego completado por el segundo acto.

En este punto, después de haber planteado dos de las tres situaciones por él observadas, Freud comienza a vislumbrar que hay algo determinante para la vida anímica que actúa independientemente del principio que él creía regulador absoluto de los procesos psíquicos, por lo que se cuestiona:

¿Puede el esfuerzo {*Drang*} de procesar psíquicamente algo impresionante, de apoderarse enteramente de eso, exteriorizarse de manera primaria e independiente del principio del placer? Como quiera que sea, si en el caso examinado ese esfuerzo repitió en el juego una impresión desagradable, ello se debió únicamente a que la repetición iba conectada a una ganancia de placer de otra índole, pero directa (Freud, S. XVIII. 2004: 16).

Es decir, según se desprende de esto, que existe algo que es en suma más esencial, más básico, que no actúa por rodeo –haciendo caso omiso de los

obstáculos impuestos por la realidad- como el principio de placer por él planteado anteriormente, pero que sin embargo, también busca una ganancia de placer, aunque distinta de la conocida hasta el momento.

Abordadas estas dos situaciones se expone la tercera a considerar, observada en la generalidad de la práctica psicoanalítica por Freud: que el enfermo puede no recordar precisamente lo esencial que hay en él de reprimido y que si eso sucede no está de acuerdo con la construcción que pudiera comunicársele en relación a ello, sino que

Más bien se ve forzado a repetir lo reprimido como vivencia presente, en vez de recordarlo, como el médico preferiría, en calidad de fragmento del pasado. Esta reproducción, que emerge con fidelidad no deseada, tiene siempre por contenido un fragmento de la vida sexual infantil y, por tanto, del complejo de Edipo y sus ramificaciones; y regularmente se juega {se escenifica} en el terreno de la transferencia, esto es, de la relación con el médico. Cuando en el tratamiento las cosas se han llevado hasta este punto, puede decirse que la anterior neurosis ha sido sustituida por una nueva, una neurosis de transferencia (Freud, S. XVIII. 2004: 18).

Entonces, aquello que Freud considera como más básico que el principio de placer es algo que es repetido constantemente de manera inconsciente por el sujeto en análisis, la neurosis es sustituida por una nueva neurosis de transferencia, siendo imposible para el analista ahorrar al analizado esta fase de la cura. Este gran descubrimiento implica un aporte de la mayor significación, ya que conduce a que la técnica del método psicoanalítico que en un principio consistía en la interpretación del discurso del paciente, y posteriormente en el análisis de las resistencias que impiden que continúe hablando en un punto determinado de su análisis, se modifique después para proceder finalmente como análisis de la transferencia de imagos infantiles a el analista. Freud no dice esto último tal cual, sino que lo deja abierto a partir de los giros teóricos y metodológicos planteados en el presente artículo, lo que nos posibilita su deducción.

### 1.6.3.- Cambios en la tónica

Pero, ¿por qué aquello inconsciente que se actúa repetidamente y que no se dice parece resistirse, si es característica primordial de lo inconsciente precisamente la de buscar salida hacia lo consciente? Freud responde que para hallar más comprensible esta *compulsión de repetición* que se manifiesta en el análisis de los neuróticos, es necesario librarse de un error: creer que en la lucha contra las resistencias uno se enfrenta con la resistencia de lo 'inconsciente', ya que lo inconsciente reprimido no se resiste al tratamiento psicoanalítico; y por el contrario no busca otra cosa que a abrirse paso hasta la conciencia o hasta la descarga -por medio de la acción-. También nos dice que dicho error se salva oponiendo, no lo consciente y lo inconsciente, sino el yo coherente y lo reprimido. Esto porque también en el interior del yo es mucho lo inconsciente: aquello que Freud llama el 'núcleo del yo', del cual se abarca sólo una pequeña parte con el nombre de preconscious. De ese modo, comenta, al sustituir una terminología *meramente descriptiva* por una *sistemática o dinámica*, se puede afirmar que la resistencia del analizado parte de su yo, así como que una vez hecho esto, enseguida caemos en la cuenta de que debemos de adjudicar *la compulsión de repetición* a lo reprimido inconsciente. Agrega que es posible que ésta no pueda manifestarse antes de que el trabajo de la cura 'afloje' la represión. Y es en este punto de sus elucidaciones donde Freud comienza a llamar por su nombre a lo que se está develando ante sí. A aquello que empuja, que esfuerza a manifestar como actuación -en el sentido de una re-presentación- lo inconsciente reprimido, lo va a denominar: *compulsión de repetición*. Es necesario subrayar que lo que Freud deja implícito aquí a la par, cuando habla acerca de 'lo inconsciente reprimido' en específico, es que no todo lo inconsciente es reprimido, pero que todo lo reprimido sí es inconsciente.

Del mismo modo, debido a lo recién mencionado sobre la contraposición entre el yo coherente y lo reprimido, es aquí donde a Freud también se le presenta como necesaria la creación de una nueva tónica -su segunda- del aparato anímico



que se ajuste a sus nuevas necesidades teóricas, ésta es la que divide al aparato psíquico en yo, ello y superyó en lugar de la anterior que lo hacía en consciente, preconscious e inconsciente. Se cuestiona entonces cual es la relación de todo esto con sus anteriores desarrollos, pregunta ¿qué relación hay entre el principio de placer y la compulsión de repetición, es decir *la exteriorización forzosa de lo reprimido*? Contesta que es evidente que la mayoría de las veces lo que la compulsión de repetición revive provoca displacer al yo debido a que deja entrever mociones pulsionales reprimidas. Sin embargo, aclara que ese tipo de displacer no contradice al principio de placer debido a que es displacer para un sistema y, al mismo tiempo, placer para el otro (placer neurótico). Agrega entonces

Pero el hecho nuevo y asombroso que ahora debemos describir es que la compulsión de repetición devuelve también vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento pudieron ser satisfacciones, ni siquiera de las mociones pulsionales reprimidas desde entonces (Freud, S. XVIII. 2004: 20).<sup>8</sup>

Aquí Freud introduce la temática del Edipo –el florecimiento sexual infantil, su sepultamiento, la pérdida de amor y el fracaso que dejan una secuela: cicatriz narcisista, causa del ‘sentimiento de inferioridad’- y la manera en que todo esto, en el neurótico, se repite en transferencia. ¿Qué repite? “...*todas estas ocasiones indeseadas y estas situaciones afectivas dolorosas, reanimándolas con gran habilidad*” (Freud, S. XIII. 2004: 21).

#### **1.6.4.- El vínculo entre compulsión de repetición y pulsión de muerte**

Sus disertaciones conducen a Freud, dentro del texto que estamos revisando, de manera necesaria al terreno de las pulsiones, las cuales él mismo reconoce forman hasta entonces la parte más importante y oscura de la teoría psicoanalítica. Considera que debido a que el sistema nervioso humano carece de

---

<sup>8</sup> El subrayado es nuestro.

una barrera protectora contra los estímulos internos, estos adquieren tal intensidad que pueden llegar tener el valor de una perturbación traumática, a lo que añade que las fuentes más importantes de dichos estímulos internos son las llamadas ‘pulsiones del organismo’, es decir los representantes de todas las fuerzas *eficaces* que provienen del cuerpo y se transfieren al aparato anímico. Dichas pulsiones obedecen al proceso psíquico primario de investidura libremente móvil que sólo busca la descarga, y por lo tanto la tarea de los estratos superiores del aparato anímico sería ligar la excitación que producen tales pulsiones. Por ello Freud remarca que el fracaso de la ligazón provoca una perturbación análoga a la neurosis traumática y “[...]sólo tras una ligazón lograda podría establecerse el imperio irrestricto del principio de placer (y de su modificación en el principio de realidad)” (Freud, S. XVIII. 2004: 35). Pero para Freud también es claro que hasta que eso ocurra, una tarea previa del aparato anímico es precisamente “dominar o ligar” la excitación, si bien no en oposición al principio de placer, pero sí independientemente de él y en parte sin tomarlo en cuenta<sup>9</sup>. Retomando a tanto a Freud como los comentarios de Lefevre Pontalis al respecto, podemos realizar la siguiente distinción: la tarea sería “dominar” cuando el aparato anímico resulte sobrepasado por grandes volúmenes de estímulo que amenacen el equilibrio psíquico, “dominar” en el sentido de tomar un papel activo para imponerse sobre los conflictos no resueltos. Y la tarea de “ligar” tendría lugar a fin de hacerlo con la energía psíquica móvil y favorecer de ese modo el proceso de elaboración secundaria, ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo que penetraron violentamente a fin de conducirlos, después, a su tramitación.

Freud asegura que las manifestaciones de la compulsión de repetición que ha descrito en las actividades de la vida anímica infantil, así como los dos referentes –sueños de los traumatizados y actuar en transferencia- observados en la clínica psicoanalítica, revelan claramente un carácter *pulsional*<sup>10</sup> y cuando se

---

<sup>9</sup> Con este texto clave se destrona al principio del placer, sin embargo, no se le elimina.

<sup>10</sup> En una nota al pie de la página 35 de este artículo Strachey puntualiza que ‘Triebhaft’ es un término usado tradicionalmente en la literatura alemana desde finales del siglo XVIII; lo ‘impulsiv’, lo ‘passioné’ de la Ilustración francesa: impulsivo, apasionado, irreflexivo, lo opuesto a la conducta racional y esclarecida.

oponen al principio del placer, *demoníaco*. Esto último debido a que los fenómenos de transferencia de los neuróticos, nos dice, también se encuentran en la vida de personas no neuróticas, “*En estas hace la impresión de un destino que las persiguiera, de un sesgo demoníaco en su vivenciar*” (Freud, S. XVIII. 2004: 21) tales como sufrir continuamente en sus relaciones personales de ingraticudes, traiciones, decepciones, etc. Para Freud se trata de un destino fatal autoinducido, compulsión de destino que no es diferente de la compulsión de repetición de los neuróticos.

El caso del niño, explica Freud, que en el juego repite la vivencia displacentera, busca un dominio sobre la impresión intensa de manera más radical que el que era posible en el vivenciar meramente pasivo, perfeccionando con cada nueva repetición el dominio buscado. Sin embargo, Freud también habla de un rasgo de carácter que en ello tiende a desaparecer: la *identidad de la impresión*, la cual se busca tanto en repetición de vivencias placenteras como displacenteras. Como ejemplos de su desaparición nos dice: un chiste escuchado por segunda vez, una representación teatral vuelta a presenciar, no producirán lo mismo que en una primera ocasión, “*En todos los casos la novedad será condición del goce*” (Freud, S. XVIII. 2004: 35). Aunado a lo anterior habla de repeticiones que no contradicen el principio de placer, como por ejemplo las del niño que busca –y exige- una identidad en la repetición de un juego o de un relato, pero aclara “*Nada de esto contradice al principio de placer; es palmario que la repetición, el reencuentro de la identidad, constituye por sí misma una fuente de placer*” (Freud, S. XVIII. 2004: 35). Por consiguiente, en el juego Freud admite que es posible mantenerse en un nivel dentro del principio de placer y también en un más allá del mismo. En cambio, nos aclara, la compulsión a la repetición en transferencia de los episodios de la vida infantil, se sitúa “*...en todos los sentidos, más allá del principio de placer*” (Freud, S. XVIII. 2004: 36), las huellas mnémicas reprimidas del pasado del paciente no se encuentran ligadas, e incluso son en de cierta forma insusceptibles de ligazón.

Freud se va a cuestionar la naturaleza del vínculo que acaba de establecer, es decir ¿de qué modo se entrama lo pulsional con la compulsión de repetición? La respuesta que otorga es que una pulsión sería un esfuerzo inseparable de la vida por volver a un estado anterior que debió abandonar bajo la influencia de lo que llama *fuerzas perturbadoras externas* –la propia vida-. Piensa que sería contrario a la naturaleza conservadora de las pulsiones que la meta de la vida fuera un estado nuevo, nunca alcanzado antes, por lo que es más coherente que sea un estado ya pasado, inicial, del que se debió apartar alguna vez y al que desea volver por *todos los rodeos de la evolución* . Y como resultado de toda esta disertación surge la siguiente tesis:

Si nos es lícito admitir como experiencia sin excepciones que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones internas, no podemos decir otra cosa que esto: La meta de toda vida es la muerte; y, retrospectivamente: Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo (Freud, S. XVIII. 2004: 38).

Entonces, ¿se debe entender el carácter pulsional y demoníaco –destino fatal autoinducido- de la compulsión de repetición como la necesidad (en su calidad de empuje) que transfieren los estímulos orgánicos a lo psíquico de dirigirse a la muerte, de volver a lo inanimado que precedió a la vida, lo cual se juega constantemente en psicoanálisis a través de la aparición repetida ya sea de sueños (de neurosis traumática), juegos (como el del “fort-da”) o conductas (en transferencia) que al paciente le regresa algo anterior acontecido en su vida, una y otra vez? Faltaría, en todo caso, abordar el aspecto agresivo o destructivo de la pulsión de muerte, la cual aquí ya se comienza a entrever.

Partimos, nos dice Freud, de la oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte, enseñándonos el amor de objeto un segundo antagonismo de ese tipo, el existente entre amor (ternura) y odio (agresión). Señala que siempre se ha reconocido un componente sádico en la pulsión sexual (de vida), el cual puede volverse autónomo y regir, como perversión, toda aspiración sexual del sujeto. Debido a ello pregunta si ¿es posible suponer que ese sadismo es

verdaderamente una pulsión de muerte que se apartó del yo debido a la influencia de la libido narcisista, de tal suerte que se expresa sólo en el objeto? Siendo únicamente una vez fuera del yo, que entra al servicio de la función sexual y no antes. En la etapa oral de la libido, el apoderamiento amoroso se manifiesta todavía a través de la destrucción del objeto. Después, la pulsión sádica se separa y cobra a la larga, en la etapa genital determinada por la finalidad de la reproducción, la función de dominar al objeto sexual durante el coito. Puntualiza Freud, que allí donde el sadismo originario no se ha visto rebajado ni mezclado, queda establecida la conocida ambivalencia amor-odio de la vida amorosa. Y nos dice que si es válido hacer un supuesto de este tipo, ello sería un ejemplo de pulsión de muerte, sólo que desplazada.

En relación a la vinculación entre *compulsión de repetición* y *pulsión de muerte* que nos propusimos en un inicio poner de relieve, encontramos que Freud asevera

La afirmación del carácter regresivo de las pulsiones descansa también, es cierto, en un material observado, a saber, los hechos de la compulsión de repetición. Sólo que quizás he sobrestimado su importancia. Como quiera que fuese, sólo es posible llevar hasta el final esta idea combinando varias veces, en sucesión, lo fáctico con lo meramente excogitado, lo cual nos aleja mucho de la observación<sup>11</sup> (Freud, S. XVIII. 2004: 57).

Esta conclusión tal vez no sea satisfactoria del todo, pero parece la más sensata que de Freud podemos obtener, ya que una afirmación o negación tajante se quedaría de cualquier modo -dado los puntos *oscuros* de la teoría de las pulsiones en el momento que redacta este artículo- en el terreno de la especulación. Pero aclaramos que al decir especulación no necesariamente hablamos de equivoco o falta de exactitud, recordemos que Freud no pretende revelar los fenómenos de la vida a partir de la biología, sino que apoyándose en

---

<sup>11</sup> El subrayado es nuestro

ella busca explicar los motivos y metas de la vida y la muerte que hagan comprensibles los fenómenos psíquicos, específicamente *la compulsión de repetición* ligada a *la pulsión de muerte*.

Finalmente, queremos dejar por sentado que la relación teórico-clínica que buscamos se nos muestra efectivamente, sólo que no podemos aprehenderla en su totalidad –todavía- debido al carácter inacabado del conocimiento en que nos encontramos, ya que al forzar esa tentativa podemos obrar como los niños, que al no saber lo que ocurre cuando tratan de tomar entre sus manos una burbuja de jabón, destruyen el objeto de su interés.

*Sólo los creyentes que piden a la ciencia un sustituto del catecismo abandonado echarán en cara al investigador que remodele o aún rehaga sus puntos de vista. En cuanto a lo demás, un poeta (Rückert) nos consuela por la lentitud con que progresa nuestro conocimiento científico:*

<Lo que no puede tomarse volando hay que alcanzarlo cojeando.....  
La escritura dice: cojear no es pecado><sup>12</sup> (Freud, S. XVIII. 2004: 62).

---

<sup>12</sup> Abu Hariri: Escritor y filósofo árabe. Versión de Rückert.

## **CAPÍTULO 2.- LA COMPULSIÓN DE REPETICIÓN CONSIDERADA DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL SÍNTOMA**

En el capítulo anterior intentamos establecer una suerte de relación entre la compulsión de repetición como manifestación clínica y la pulsión de muerte como su sustento teórico; ahora, en el presente capítulo, buscamos analizar el concepto de *compulsión de repetición* a partir de un rodeo por *el síntoma* en el texto freudiano.

### **2.1 LA PULSIÓN QUE OPERA EN EL SILENCIO**

En su obra “Inhibición, síntoma y angustia” (1926 [1925]) Freud asegura:

Cuando el yo, recurriendo a la señal de displacer, consigue su propósito de sofocar por entero la moción pulsional, no nos enteramos de nada de lo acontecido. Sólo nos enseñan algo los casos que pueden caracterizarse como represiones fracasadas en mayor o menor medida. (Freud, S. XX. 2002: 90)

En otras palabras cuando el principio de placer –relevado por su sucedáneo, el principio de realidad- ha cumplido con su función, nos es imposible saber nada acerca de una producción del inconsciente, ésta, por decirlo de algún modo, *opera en el silencio*. En cambio, cuando el ya mencionado principio del placer es superado, como ya vimos en el capítulo anterior que sucede con la *compulsión de repetición*, nos enteramos de que existe una vida anímica inconsciente que rebasa, aún en gran medida, la consciente.

Freud continúa, en el artículo citado, haciendo mención de lo que llama *represiones fracasadas en mayor o menor medida*,

De estos últimos obtenemos una exposición general: a pesar de la represión, la moción pulsional ha encontrado, por cierto, un sustituto, pero uno harto mutilado, desplazado {descentrado}, inhibido. Ya no es reconocible como satisfacción. Y si ese sustituto llega a consumarse, no se produce ninguna sensación de placer; en cambio de ello, tal consumación ha cobrado el carácter de una compulsión<sup>13</sup>(Freud, S. XX. 2002: 90)

Es harto llamativo que Freud describa de esta manera a ese sustituto desfigurado en el cual *ya no se reconocería una satisfacción* pero que sin embargo, seguiría produciéndose constantemente una y otra vez; y lo es en tanto que sus características nos conducen a aquello que, nos preguntamos, ¿podríamos llamar *un síntoma*? Con miras a esclarecer la pregunta, a la compulsión tendríamos que abordarla desde dos vertientes. La primera es la del *zwang* que va en el sentido de una insistencia, de una repetición y la del *drang* que sería el empuje o presión (¿impulso?) que lleva a que algo se repita. Esto lo podemos realizar si comenzamos por retomar la definición de síntoma "*El síntoma es indicio y sustituto de una satisfacción pulsional interceptada, es un resultado del proceso represivo*" (Freud, S. 2001. XX: 87). Para que un síntoma se forme, por decirlo de algún modo, deben de haberse cumplido dos condiciones previas, primero que a una pulsión se le haya impedido la satisfacción, cualquiera que esta sea, y segundo, que esto haya ocurrido debido a la represión, lo cual no queda exento de consecuencias. También, recordemos además que una pulsión no puede nunca llegar ser consciente, sino que únicamente aspira a eso la representación que la representa, tal y como sucede en lo inconsciente donde de igual manera solo existe como representación. Ahora, dicha aspiración Freud la ubica claramente dentro de la cura psicoanalítica cuando menciona que "*...tras cancelar la resistencia yoica, es preciso superar todavía el poder de la compulsión de repetición, la atracción de los arquetipos inconscientes sobre el proceso pulsional reprimido;*" (Freud, S. Ibídem: 149). Ubicaríamos en lo anterior una insistencia –aspiración, atracción- relacionada con la pulsión (su representación) que conduce a la repetición.

---

<sup>13</sup>El subrayado es nuestro.



Por otra parte, Moustapha Safouan en su seminario “Angustia, síntoma, inhibición” (1983), menciona que la repetición se relaciona con el tema del deseo, ya que el mismo se significa en todas las formaciones de lo inconsciente, lapsus, actos fallidos, sueños, síntomas, etcétera “*Y ese juego abarca casi todo el campo de la existencia, si nos damos cuenta de que es el deseo el que mueve la vida humana.*” (Safouan, M. 1986: 61). Cuando se habla del deseo como aquello que mueve al mundo se entiende se habla de una fuerza –empuje, presión- que hace que dicho movimiento tenga lugar. Safouan agrega que la repetición insiste en cuanto lo que compone el contenido de lo inconsciente, en tanto contenido reprimido, no es traído a la conciencia. Pero el deseo al que nos referimos en esta disertación no es cualquier deseo sino que “*La repetición remite más bien a un deseo no reconocido que a un deseo no realizado.*”(Safouan, M. 1986: 61). De tal modo que podríamos pensar que aquel deseo no se reconoce dada la cualidad de inconsciente de la pulsión –o de su representación reprimida- a partir de la cual se desprende, que pugna por una satisfacción que consistiría entonces en ser reconocido, y que ambos, pulsión y deseo, retornan en la insistencia –zwang- y el empuje –drang- que caracterizan a la compulsión.

Retomemos ahora la definición de síntoma brindada por Freud como una manera de establecer de forma definida que es lo que entendemos por el mismo y establecer así un hilo conductor en nuestra búsqueda “*El síntoma es indicio y sustituto de una satisfacción pulsional interceptada, es un resultado del proceso represivo*” (Freud, S. XX. 2001: 87). Dos puntos clave se desprenden de lo anterior:

- el síntoma es *efecto de una represión*
- el síntoma representa una *satisfacción sustitutiva*.

Para Durval Chechinato, en la introducción que hace al libro que se desprende del ya mencionado seminario dictado por Safouan (A.S.I.), el síntoma es un bien del y para el sujeto y sólo se forma porque no hay manera de que el su-

jeto sobreviva frente a una representación –pulsional- insoportable “*El síntoma es una salida de salud, momentánea, precaria, pero la única que puede garantizar cierto orden del sujeto. Aun en el psicótico, el síntoma, o alucinación, o delirio, o depresión, le garantiza el equilibrio lábil.*” (Chechinato, D. 1986: 10). El síntoma establece un "compromiso" para que el sujeto, aunque sufriendo, consiga soportar su vida. Sin embargo, tal "compromiso" tiene un precio que es la angustia. La angustia, nos dice el autor, es *la condición soberanamente humana del hombre en la tierra.*

Añade que el hecho de que el síntoma sea el resultado de *una satisfacción pulsional interceptada* significa que

*...en las ‘formaciones de lo inconsciente’ o ‘formaciones del objeto a’, algo del orden de un ‘trauma’, si así me permito decir, impide que el ‘goce’ acontezca. Entonces, él retorna en su forma de insatisfacción, dolor, angustia, o sea en forma de síntoma* (Chechinato, D. 1986: 12).

No confundamos empero, al síntoma con la angustia, son dos conceptos que aunque relacionados mantienen claras diferencias, los cuales definiremos más adelante.

Siguiendo sobre la misma línea, buscaremos una posible respuesta a la interrogante planteada en un principio ¿a ese sustituto desfigurado, producto de una represión fracasada, en el cual *ya no se reconocería una satisfacción* pero que sin embargo, seguiría produciéndose constantemente una y otra vez, nos preguntamos, ¿podríamos llamarlo *un síntoma*? Más adelante en “Inhibición, síntoma y angustia” (1926 [1925]), Freud vuelve sobre la noción de compulsión en su carácter de repetición

En el curso del periodo de latencia, la defensa contra la tentación onanista parece ser considerada la tarea principal. Esta lucha produce una serie de síntomas, que se repiten de manera típica en las más diversas personas y presentan en general el carácter de un ceremonial (...) Ya exhiben los rasgos que en caso de sobrevenir después una enfermedad grave resaltan como tan perniciosos: la colocación {de la libido; *Unterbringung*} en los desempeños que

más tarde están destinados a ejecutarse como automáticamente, el irse a dormir, lavarse, vestirse, la locomoción, la inclinación a la repetición y al dispendio del tiempo (Freud, S. XX. 2002: 110).

Freud responde así afirmativamente a la pregunta que recién nos planteamos; lo que en este punto él denomina *inclinación a la repetición* -que no sería otra cosa que la *compulsión* anteriormente citada-, lo encuadra como uno más dentro del conjunto de los *síntomas*.

Lo anteriormente citado es en sí ya bastante interesante, pero no es todo lo que podemos encontrar en relación a lo que nos ocupa en el presente capítulo, ya que otro costado más de *la compulsión de repetición* nos es mostrado aún por Freud en este trabajo; Freud nos dice:

En la neurosis obsesiva, nos encontramos con la anulación de lo acontecido sobre todo en los síntomas de dos tiempos, donde el segundo acto cancela al primero como si nada hubiera acontecido, cuando en la realidad efectiva acontecieron ambos. El ceremonial de la neurosis obsesiva tiene en el propósito de anular lo acontecido una segunda raíz. La primera es prevenir, tomar precauciones para que no acontezca, no se repita, algo determinado. La diferencia es fácil de aprehender, las medidas precautorias son acordes a la *ratio*, mientras que las <cancelaciones> mediante anulación de lo acontecido son desacordes a la *ratio {irratione}*, de naturaleza mágica. Debe conjeturarse, desde luego, que esta segunda raíz es la más antigua, descende de la actitud animista hacia el mundo circundante. El afán de anulación de lo acontecido halla su debilitamiento como proceso normal en la decisión de tratar cierto suceso como <*non arrivé*>, pero en tal caso no se emprende acción alguna en contrario, no se hace caso ni del suceso ni de sus consecuencias, mientras que en la neurosis se cancela al pasado mismo, se procura reprimirlo {suplantarlo} por vía motriz. Esta misma tendencia puede explicar también la compulsión de repetición, tan frecuente en la neurosis, en cuya ejecución concurren luego muchas clases de propósitos que se contrarían unos a otros<sup>14</sup> (Freud, S. XX. 2002: 114 y 115).

---

<sup>14</sup>El subrayado es nuestro

*La compulsión de repetición* que nosotros rastreamos dentro de la obra freudiana y ubicamos como *actuación* en transferencia -que no es sino la reedición o recreación de mociones y fantasías que a medida que el análisis avanza se vuelven conscientes y que se caracteriza por“...*la sustitución de una persona anterior por la persona del médico*” (Freud. S. VII. 2003: 101)-tendría aquí la faceta de una *represión* del pasado por vía motriz que actuaría como algo que se quedaría en un *intento de anulación* de lo acontecido.

Sin embargo, lo anterior no queda claro sin la exposición de aquello que causa tal tendencia a anular lo acontecido, por lo cual, Freud nos lo muestra

Lo que no ha acontecido de la manera en que habría debido de acuerdo con el deseo es anulado repitiéndolo de un modo diverso de aquel en que aconteció, a lo cual vienen a agregarse todos los motivos para demorarse en tales repeticiones. En la trayectoria ulterior de la neurosis la tendencia a anular el acaecimiento de una vivencia traumática se revela a menudo como una de las principales fuerzas motrices de la formación de síntoma. Así obtenemos una inesperada visión de una nueva técnica, una técnica motriz de la defensa o, como podríamos decir aquí con menor inexactitud, de la *represión* {esfuerzo de suplantación} (Freud, S. XX. 2002: 115).

Tenemos entonces que lo que motiva la compulsión de repetición, la cual funge como *represión* del pasado por vía motriz, es la contraposición entre el deseo –inconsciente- y lo acontecido en dicho pasado, dando por resultado lo que conocemos por formación de compromiso, es decir, un *síntoma*, o como lo expresa Freud de manera por demás ilustrativa, una *técnica motriz de la represión*. Habría que agregar sin embargo, que resulta sorprendente que se considere que el síntoma representa una *satisfacción sustitutiva*, ya que el síntoma es expresamente un sufrimiento. Y esto se relaciona con que cuando se dice formación de compromiso se tiene la idea de que no hay conflicto. Pero en Freud, el síntoma remite a un conflicto, por lo tanto es incómodo.

En la 32ª de sus “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (1933 [1932]), titulada ‘Angustia y vida pulsional’, Freud trata el tema del carácter bilateral de las pulsiones otorgándoles una gran importancia, nos dice:

Las pulsiones no rigen sólo la vida anímica, sino también la vegetativa, y estas pulsiones orgánicas muestran un rasgo que merece nuestro mayor interés (que se trate de un carácter universal de las pulsiones, es algo que sólo más tarde podremos juzgar): se revelan como unos afanes por reproducir un estado anterior. Cabe suponer que en el momento mismo en que uno de esos estados, ya alcanzado, sufre una perturbación, nace una pulsión a recrearlo y produce fenómenos que podemos designar como *compulsión de repetición* (Freud, S. XXII. 2001:98).

Esto desde luego, al ser bastante abstracto, requiere de ser clarificado por el autor, ya que a primera vista, a cualquiera que no esté familiarizado con la doctrina de las pulsiones, le parecerían inimaginables tanto tal estado anterior de la vida que una pulsión buscaría recrear, así como qué es lo que podría ser aquello que operaría a manera de perturbación sobre el mismo.

Y la aclaración en cuanto a lo que nos concierne, la vida anímica, llega líneas adelante en el mismo escrito

También fuera del análisis es posible observar algo semejante. Hay personas que durante su vida repiten sin enmienda siempre las mismas reacciones en su perjuicio, o que parecen perseguidos por un destino implacable, cuando una indagación más atenta enseña que en verdad son ellas mismas quienes sin saberlo se deparan ese destino. En tales casos adscribimos a la compulsión de repetición el carácter de lo *demoníaco* (Freud, S. XXII. 2001:99).

Nótese además de que tal ejemplo parece echar luz sobre la cuestión, que aparece otro elemento que se agrega al análisis realizado, este es el del desconocimiento que padece la persona acerca del origen de su sufrimiento, el de su *inconciencia* respecto de su compulsión en el sentido psicoanalítico de los términos.

Sin embargo, Freud, lo tenemos bien sabido, no renuncia nunca a la –por lo menos pretendida- base biológica de sus explicaciones teóricas, así que agrega respecto del punto que estamos desarrollando.

Ahora bien, ¿en qué contribuirá este rasgo conservador de las pulsiones para entender nuestra autodestrucción? ¿Qué estado anterior querría reproducir una pulsión como esta? La respuesta no es muy distante y abre vastas perspectivas. Si es cierto que alguna vez la vida surgió de la materia inanimada –en una época inimaginable y de un modo irrepresentable-, tiene que haber nacido en ese momento, de acuerdo con nuestra premisa, una pulsión que quisiera volver a cancelarla, reproducir el estado inorgánico. Y si ahora pasamos a discernir en esa pulsión la autodestrucción que habíamos supuesto, estamos autorizados a concebir esta última como expresión de una *pulsión de muerte* que no puede estar ausente de ningún proceso vital (Freud, S. XXII. 2001:99).

Pero es aquí, cuando Freud intenta dar una base orgánica a lo que él denomina pulsión de muerte, donde se presenta un problema, y es que no podemos ignorar que se produce una laguna teórica cuando éste utiliza los términos *inimaginable* e *irrepresentable* para llevar a cabo tal empresa, ya que saltan a la vista como difíciles de sostener porque resultan dogmáticos. Describen por sí mismos la imposibilidad de llevar a cabo una explicación o una definición precisa y satisfactoria de la manera en que ocurrió el origen de la vida y de cómo ésta se vio acompañada de inmediato por una pulsión que buscaba regresarla a lo inanimado, lo cual ha acarreado consigo no pocas críticas al respecto. No obstante, no podemos ignorar que Freud mismo señaló que la doctrina de las pulsiones constituía uno de los puntos menos abordados del psicoanálisis y por lo tanto más oscuros, por lo que sólo era posible avanzar en ella *combinando lo fáctico con lo excogitado, lo cual aleja de la observación*.

Cabe mencionar que lo anterior se puede entender quizá de manera un tanto más clara -hablando de una explicación biológica para la pulsión en cuanto a la pulsión de muerte se refiere- considerándolo no solamente desde la perspectiva orgánica, si no haciéndolo también desde el punto de vista filogenético encaminado a denotar que cuando un individuo sirve como eslabón de la especie en la reproducción de nuevos individuos, éste por decirlo de algún modo, cumple

su papel y se encuentra entonces en declive hacia su (auto)destrucción. Al señalar el problema de la división y clasificación de las pulsiones en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915) Freud ya lo pensaba de ese modo, aún sin haber ligado todavía la pulsión sexual a la pulsión de muerte

Lo que la biología dice sobre esto no contraría por cierto la separación entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales. Enseña que la sexualidad no ha de equipararse a las otras funciones del individuo, pues sus tendencias van más allá de él y tienen por contenido la producción de nuevos individuos, vale decir, la conservación de la especie. Nos muestra, además, que dos concepciones del vínculo entre el yo y la sexualidad coexisten con igual título una junto a la otra. Para una, el individuo es lo principal; esta aprecia a la sexualidad como una de sus funciones y a la satisfacción sexual como una de sus necesidades. Para la otra, el individuo es un apéndice temporario y transitorio del plasma germinal, cuasi-inmortal, que le fue confiado por [el proceso de] la generación (Freud, S. XIV. 2003:120).

Ahora, volviendo al abordaje de la “32ª conferencia de introducción al psicoanálisis. Angustia y vida pulsional”, el punto crucial de la misma, al que intentamos llegar, lo alcanzamos en el siguiente párrafo:

Nos hemos distanciado un poco de nuestra base. Con posterioridad, pues, quiero comunicarles cuál fue el punto de partida de estas reflexiones sobre la doctrina de las pulsiones; es el mismo que nos llevó a revisar el vínculo entre el yo y lo inconsciente: la impresión, derivada del trabajo analítico, de que el paciente, que ofrece la resistencia, muchísimas veces nada sabe de ella. Y no sólo el hecho de la resistencia le es inconsciente; también los motivos de ella (Freud, S. XXII. 2001:100).

Entonces podríamos decir, realizando extrapolaciones -ya que no contamos con toda la evidencia para demostrar que así lo sea- que la *compulsión de repetición* que se desprende de las ya mencionadas *pulsiones autodestructivas*, tendría de acuerdo a lo señalado en estas líneas, el valor de una *resistencia* para el análisis. Sólo que haciendo memoria de lo revisado en el capítulo pasado caemos en la cuenta de que lo inconsciente no se resiste, sino que lo hace el yo, por lo que el enlace que buscamos, en este caso no puede concretarse, pero nos posibilita, a pesar de ello, una conclusión para retomar: *La compulsión de*

*repetición es un síntoma que actúa como técnica motriz de la represión, el cual no implica resistencia.*

La resistencia como camino para nuestro análisis no nos es como ya vimos, viable, pero la senda que sigue abierta a nuestros intereses, el de la represión, nos lleva a la "Carta 52" (Viena, 6 de diciembre de 1896), donde Freud la definía como *la denegación de la traducción* de material psíquico de un periodo a otro, especificando que

*Dentro de la misma fase psíquica, y entre transcripciones de la misma variedad, se pone en vigencia una defensa normal a causa de un desarrollo de displacer; una defensa patológica, en cambio, sólo existe contra una huella mnémica todavía no traducida de una fase anterior (Freud, S. 2001. I: 276).*

Es necesario agregar que, lo decisivo para que esto se lleve a cabo de una manera u otra es, además de que la huella mnémica (suceso) origine displacer y sea de una fase anterior, *su naturaleza sexual*. Pero pese a lo recién afirmado, Freud hace ya en el momento en que elabora esta misiva una puntualización sumamente aclaradora y pertinente para nuestros objetivos

No todas las vivencias sexuales desprenden displacer; en su mayoría desprenden placer. La reproducción de las más de ellas irá entonces conectada con un placer no inhibible. Un placer así, no inhibible, constituye una compulsión. De este modo se llega a las siguientes tesis. Cuando una vivencia sexual es recordada con diferencia de fase, a raíz de un desprendimiento de placer se genera compulsión, a raíz de un desprendimiento de displacer, represión. En ambos casos la traducción a los signos de la nueva fase parece estar inhibida<sup>15</sup> (Freud, S.I. 2001: 277).

Así las cosas, la compulsión de repetición en este momento del desarrollo la teoría psicoanalítica no deviene en síntoma ni es asimilada a la represión como técnica, sin embargo, se acentúa el rasgo que une a ambas -compulsión y represión-, y que ya habíamos señalado únicamente párrafos atrás, el de *su inconciencia*.

---

<sup>15</sup>El subrayado es nuestro.



Dada tal característica nos vemos ahora conducidos obligadamente hacia el escrito “La represión” (1915), en este Freud distingue entre la *represión primordial*, que se origina cuando a la agencia representante psíquica le es denegado su acceso a la conciencia, produciéndose de ese modo una fijación, permaneciendo inmutable y ligada a la pulsión, y por otro lado la *represión propiamente dicha*, que da caza a los retoños o mutaciones de la agencia representante reprimida o a pensamientos asociados a ella. Siguiendo esta argumentación menciona que para los síntomas neuróticos hay un requisito previo, el haberse alejado lo suficiente del representante reprimido como para permitir así a los retoños del mismo el no ser reconocidos y llegar por esa vía a ser conscientes. Lo anterior es necesario establecerlo en tanto precede al análisis del destino de los afectos en la represión, cuestión que dará luz a la forma en que la teoría psicoanalítica da cuenta de esta última, es decir, como es que los diferentes destinos de tales afectos posibilitan su deducción

El factor *cuantitativo* de la agencia representante de pulsión tiene tres destinos posibles, como nos lo enseña una ojeada panorámica a las experiencias que nos ha brindado el psicoanálisis: La pulsión es sofocada por completo, de suerte que nada se descubre de ella, o sale a la luz como un afecto coloreado cualitativamente de algún modo, o se muda en angustia (Freud, S. XIV. 2003: 148).

¿Cómo es entonces que lo ya dicho posibilita la construcción teórica del concepto de *represión* y su funcionamiento? Freud nos dice que del mismo nada se sabe sino en su fracaso

Recordemos que la represión no tenía otro motivo ni propósito que evitar el displacer. De ahí se sigue que el destino del monto de afecto de la agencia representante importa mucho más que el destino de la representación. Por tanto, es el decisivo para nuestro juicio sobre el proceso represivo. Si una represión no consigue impedir que nazcan sensaciones de displacer o de angustia, ello nos autoriza a decir que ha fracasado, aunque haya alcanzado su meta en el otro componente, la representación. Desde luego, la represión fracasada tendrá más títulos para nuestro interés que la lograda de algún modo, pues esta casi siempre se sustraerá de nuestro estudio (Freud, S. XIV. 2003: 148).

Como ejemplo de una represión fracasada trae a colación la fobia a los animales, ya que logra su objetivo en cuanto a la representación original la cual es reprimida y sustituida por otra distinta: caballo, alacrán, perro, etc., pero no así en cuanto los afectos displacenteros, los cuales se siguen presentando ante el avistamiento del animal en cuestión.

¿Es posible por consiguiente, dado lo previamente expuesto, considerar a *la compulsión de repetición como un síntoma que actúa como una técnica motriz de la represión, en tanto represión fracasada?* La pregunta surge tomando en cuenta como ya mencionamos, que no implica resistencia, y también su capacidad de producción de displacer.

En este momento de nuestra disertación nos vemos compelidos necesariamente a dirigir nuestra atención hacia uno de los textos finales en la prolífica producción teórica de Freud y en su vida misma, me refiero a “Moisés y la religión monoteísta” (1939 [1934-1938]), en el nuestro autor plantea una serie de argumentos psicoanalíticos que quizás nos permitan una guía en la tarea de intentar una respuesta a la pregunta que recién nos forjamos, nos dice:

En cuanto a las propiedades o particularidades comunes de los fenómenos neuróticos, corresponde destacar dos puntos: a) Los efectos del trauma son de índole doble, positivos y negativos. Los primeros son unos empeños por devolver al trauma su vigencia, vale decir, recordar la vivencia olvidada o, todavía mejor, hacerla real-objetiva {*real*}, vivenciar de nuevo una repetición de ella: toda vez que se tratara sólo de un vínculo afectivo temprano, hacerlo revivir dentro de un vínculo análogo con otra persona. Resumimos tales empeños como *fijación* al trauma y como *compulsión de repetición*. Pueden ser acogidos en el yo llamado normal y, como tendencia de él, prestarle unos rasgos de carácter inmutables, aunque su fundamento real y efectivo, su origen histórico-vivencial {*historich*}, esté olvidado, o más bien justamente por ello<sup>16</sup> (Freud, S. XXIII. 2004:72 y 73).

Todo indica al parecer, después de leer la pasada cita, que nuestra respuesta se inclinaría hacia el lado afirmativo, ya que en dicha cita se menciona

---

<sup>16</sup> El subrayado es nuestro.

como parte del fenómeno neurótico –el síntoma- su predisposición a la repetición, su relación con un vínculo afectivo del sujeto, así como su inconciencia. No obstante, recordemos antes que sólo se mencionan aquí los efectos positivos del denominado trauma, por lo que faltaría para completar el panorama la revisión de los aspectos negativos, lo que haremos enseguida

Las reacciones negativas persiguen la meta contrapuesta; que no se recuerde ni se repita nada de los traumas olvidados. Podemos resumirlas como *reacciones de defensa*. Su expresión principal son las llamadas *evitaciones*, que pueden acrecentarse hasta ser *inhibiciones y fobias* (Freud, S. XXIII. 2004:73).

Como vemos, ello también encaja en una respuesta afirmativa a nuestra interrogante, ya que incluso se menciona el caso de la fobia, ejemplo que del que Freud se vale en la argumentación precedente a la construcción de la pregunta que nos ocupa. Sin embargo, nos encontramos ante la disyuntiva de determinar si ambos aspectos, positivos y negativos del trauma, entrarían en conflicto entre sí o son compatibles en el sentido de una posible existencia simultánea en el fenómeno neurótico, por lo que es conveniente retomar el siguiente fragmento del escrito al que estamos abocados

Los síntomas de la neurosis en el sentido estricto son formaciones de compromiso en las que se dan cita las dos clases de aspiraciones que parten del trauma, de suerte que en el síntoma halla expresión prevaleciente ora la participación de una de esas direcciones, ora la de otra (Freud, S. XXIII. 2004: 73)

A fin de mantener una clara diferenciación entre inhibición. síntoma y angustia, señalaremos brevemente que inhibición se refiere a la limitación de las funciones yoicas relacionada con una rebaja de energía, que el síntoma, como ya vimos, es la sustitución de una satisfacción pulsional que no llegó a realizarse como resultado de una represión, y que la angustia es la respuesta del yo frente a aquello que es percibido como un peligro.

En continuidad con nuestra reflexión, tenemos que la coexistencia no conflictiva en el síntoma del aspecto tendiente a *la repetición* con el que lo es a *la*

*evitación*, se da manera alternada, dirigiendo así en uno u otro sentido su manifestación, cuestión que siendo superada nos da pie finalmente a aventurar el siguiente enunciado ya no como pregunta sino como afirmación: *La compulsión de repetición es un síntoma que actúa como una técnica motriz de la represión, en tanto represión fracasada, ello tomando en cuenta que no implica resistencia y también su capacidad para producir displacer.*

Pero no olvidemos que ya mencionaba Freud al inicio de la primera cita extraída de la presente obra, que hay dos cuestiones importantes a resaltar en cuanto a los fenómenos neuróticos, de las cuales sólo hemos abordado la primera: a) el carácter doble de los efectos del trauma. Debido a ello, enfocaremos ahora nuestro interés al segundo punto

b) Todos estos fenómenos, tanto los síntomas como las limitaciones del yo y las alteraciones estables del carácter, poseen naturaleza compulsiva; es decir que, a raíz de una gran intensidad psíquica, muestran una amplia independencia respecto de la organización de los otros procesos anímicos, adaptados estos últimos a los reclamos del mundo exterior real y obedientes a las leyes del pensar lógico. No son influidos, o no lo bastante, por la realidad exterior; no hacen caso de esta ni de su subrogación psíquica, de suerte que fácilmente entran en contradicción activa con ambas. Son, por así decir, un Estado dentro del Estado, un partido inaccesible, inviable para el trabajo conjunto, pero que puede llegar a vencer al otro, llamado normal, y constreñirlo a su servicio<sup>17</sup> (Freud, S. XXIII. 2004: 73).

Se nos presenta aquí dadas las características añadidas a la naturaleza compulsiva de los síntomas, la oportunidad de afilar la noción que hemos estado construyendo desde el inicio de este segundo apartado de tesis, el cual, sin pretender la creación de algo nuevo, posee el carácter de una hipótesis deductiva que busca su corroboración para convertirse en comprensión y esclarecimiento teórico de quien escribe:

---

<sup>17</sup>El subrayado es nuestro.

*La compulsión de repetición es un síntoma que actúa como una técnica motriz de la represión, en tanto represión fracasada, ello tomando en cuenta que no implica resistencia y también su capacidad para producir displacer, así como que presenta gran independencia respecto de otros procesos anímicos y de la realidad exterior o de las exigencias psíquicas que la representan.*

## CAPÍTULO 3.- LA PULSIÓN DE MUERTE, ¿AUTORÍA O PLAGIO DE FREUD?

La categoría *Pulsión de Muerte* es una cuestión polémica debido a varios factores, de inicio, la manera en que Freud la justifica –por medio de deducciones y extrapolaciones que él mismo decía, alejan mucho de la observación- pero también se encuentra el hecho de que algunos teóricos se inclinen por pensar que Freud no acuñó tal concepto, sino que se apropió de él y nunca otorgó reconocimiento por ello a quién en verdad lo construyó.

Para argumentar el porqué de esto último, abordaré las ideas de Sabina Spielrein tocantes al *instinto de muerte*, primeras en tiempo y originalidad, de acuerdo con varios autores, en relación con las que más tarde elaborara Freud concretizándolas en lo que él denominó en sí como *pulsión de muerte* -de las cuales necesariamente llevaré también a cabo un análisis-. Entre esos autores que otorgan la originalidad a Spielrein en lo que toca al tema de la muerte y las pulsiones se encuentra un psicoanalista junguiano que enseña teoría de la personalidad en la Universidad de Roma, Aldo Carotenuto, autor del libro “Una secreta simetría”, el cual expone dicho punto de vista y el cual también utilizaré en mi recorrido. Tal texto representa toda una revelación para el psicoanálisis, ya que fue elaborado a partir de material inédito -como lo son un diario perteneciente a Spielrein y cartas de ésta dirigidas a Freud y a Jung- que deja, según se afirma, testimonio de la primacía del pensamiento de la psicoanalista.

Antes de comenzar con el desarrollo del tema, debo de establecer a manera de presentación -con el fin de obtener un panorama específico- quién fue y cuál es el lugar que ocupa en la historia del psicoanálisis nuestra citada autora Sabina Spielrein.

Sabina nació en 1885 en Rostov-on-Don, Rusia, fue la hija mayor de padres judíos inteligentes, cultos y de buena posición económica; su abuelo y su bisabuelo eran rabinos muy respetados. En su adolescencia, Spielrein padecía de lo que se describió entonces como un trastorno esquizofrénico o una histeria severa con rasgos esquizoides. En agosto de 1904 sus padres la llevaron a Zürich al hospital psiquiátrico Burghölzli, dirigido justamente por Bleuler a quien le debemos el término “esquizofrenia”; Carl Gustav Jung había comenzado a trabajar en este hospital en 1900, y en 1905 lo nombraron médico titular. Es probable que Spielrein haya sido, sino la primera, una de las primeras pacientes a quién Jung intentó tratar aplicando el método psicoanalítico. Este último, hasta ese momento se había dedicado sobre todo a estudiar las *asociaciones* de sus pacientes y lo que éstas revelaban sobre su vida psíquica, estudios a los que Spielrein también se sometió.

No se sabe cuánto tiempo Spielrein estuvo internada en ese hospital, pero sí que en abril de 1905, sólo 8 meses después de haber ingresado allí, se inscribió en la Universidad de Zürich para estudiar la carrera de medicina. Por esa época, o poco después, se había recuperado lo suficiente como para abandonar el hospital y continuar el tratamiento con Jung como paciente ambulatoria. En 1911, se recibió de médico con una tesis titulada “El contenido psicológico de un caso de esquizofrenia” publicado en el *Jarbuch*<sup>18</sup> en el mismo año. La expaciente esquizofrénica se había convertido en una estudiosa de la misma.

Una carta de Sabina Spielrein a Freud da cuenta de los comienzos de la relación intelectual entre ambos (Fragmento de una carta escrita alrededor de 1909):

Esta es la frase inmortal: ‘Una parte de aquella fuerza que opera siempre el mal opera también siempre el bien’ (J. W. Goethe, Fausto). Esta fuerza demoníaca, que en su esencia es destrucción (el mal),

---

<sup>18</sup> El *Jarbuch* nació después de la primera reunión informal de todos los que se interesaban en la actividad de Freud, tal reunión tuvo lugar en Salzburgo el 26 de abril de 1908. El primer volumen apareció en 1909 y el último, en 1913.

simultáneamente es también fuerza creativa, dado que de la destrucción (de dos individuos) nace uno nuevo. Este es precisamente el instinto sexual, que en su esencia es un instinto de destrucción y de anulación para el individuo, y también por esto, según mi opinión, debe vencer en cada hombre una fuerte resistencia, pero querer demostrar esto una vez más, aquí requeriría demasiado tiempo de parte de usted (Spielrein Sabina, en, Carotenuto, A. 1984: 209).

El diario de Sabina Spielrein (1909-1912) nos confirma los intereses y las intenciones que motivaban a esta autora en ese entonces. El 26 de septiembre de 1910, escribe:

Sí, la primera meta que quiero alcanzar es la de asegurarme un puesto en la Asociación Psicoanalítica por medio del trabajo que estoy haciendo ahora y que espero que alcance el nivel. Aunque para mí es todavía más importante el segundo trabajo, 'Sobre el instinto de muerte'. Tengo que admitir que tengo mucho miedo de que mi amigo (Jung), que quería hacer mención de esta idea mía en su trabajo de julio señalando mi prioridad al respecto, ahora se apropie en cambio de la prioridad de mi pensamiento, ya que su intención es mencionarlo en enero (Spielrein Sabina, en, Carotenuto, A. 1984: 247).

Por una carta de Freud a Jung se sabe que en octubre de 1911 Spielrein ya se había mudado a Viena, donde permaneció por lo menos hasta marzo de 1912, fecha en la que se trasladó a Berlín. Durante su estadía en Viena, Spielrein asistió a las reuniones del grupo que trabajaba con Freud y pasó a ser miembro regular de la sociedad psicoanalítica en que este se constituía. El 12 de noviembre de 1911 Freud le escribe a Jung que "en la última reunión la señorita Spielrein habló por primera vez, lo hizo en forma inteligente y metódica." (Bettelheim Bruno, en prólogo a, Carotenuto, A. 1984: 30).

En apoyo a la anterior narración nuevamente el diario de Sabina Spielrein (1909-1912) aporta un sustento importante que permite dibujarnos una imagen más clara de el modo en que fueron aconteciendo los sucesos que dieron paso al planteamiento de un supuesto plagio de los constructos teóricos de Sabina por parte de Freud. El 7 de Enero de 1912, ésta escribió:



¡Viena! Ha pasado casi un año. ¡Que período tan difícil! El lector preguntará: '¿Pero cómo terminó?' No es una conclusión. Es mucho, pero no es una conclusión. Dejé Zürich para ir de vacaciones a Montreaux (Chally S. Clarens). De allí a Mónaco, por el asunto del arte, donde completé en soledad total mi trabajo sobre 'La destrucción como causa del nacimiento'. Por culpa del doctor Jung, que me recomendó publicarlo en otra parte, el artículo saldrá seis meses después, y siempre en el *Jarbuch*. Somos amigos. Mi primer trabajo tuvo mucho éxito y precisamente gracias a mi disertación he sido admitida como miembro de la Asociación Psicoanalítica. El profesor Freud, que ahora amo tiernamente, está entusiasmado conmigo, habla a todos de mi 'estupendo trabajo' y también personalmente me trata con mucha gentileza (Spielrein Sabina, en, Carotenuto, A. 1984: 253 y 254).

Los trabajos de investigación de Sabina Spielrein, a decir de Aldo Carotenuto, van a tener una gran repercusión en la obra psicoanalítica y en el mismo Freud, quien por lo demás, considera, se niega a otorgarle a Spielrein tal lugar. Siendo publicado en 1912, en el *Jarbuch*, *La destrucción como causa del nacimiento* (Die Destruktion als Ursache des Werdens) fue el segundo trabajo más notable de Spielrein (su primer trabajo fue su tesis doctoral *El contenido psicológico de un caso de esquizofrenia*), ya que las posteriores aportaciones, que llegan hasta 1931, no son comparables con éstas en cuanto a profundidad y originalidad de pensamiento; Carotenuto resalta que "En el primero de los escritos mencionados anticipaba casi palabra por palabra los conceptos que Freud expresaría en 1920 en *Más allá del principio del placer*." (Carotenuto, A. 1984: 58). Freud lo admite en una nota al pie de la página 53 en la obra recién citada, sin embargo, afirma no haber comprendido bien qué es lo que Spielrein había querido decir. Carotenuto considera que aunado a este descrédito "Una tímida defensa de Freud es intentada por los curadores de las *Minutes of the Viena Psychoanalytic Society*:"

A primera vista podría parecer que, bajo el influjo de Jung, Spielrein formuló la hipótesis de que el instinto de vida consiste en dos fuerzas opuestas, instinto de vida e instinto de muerte. Pero un análisis más cuidadoso muestra que la autora no expresó dicha teoría, sino que piensa que el instinto sexual, vale decir, el instinto de vida, el instinto creativo de por sí, contiene un componente destructivo (Carotenuto, A. 1984: 58).

En relación a lo anterior nuestro autor italiano afirma que esta crítica sólo puede aceptarse con sus debidas reservas, ya que considera que Freud en su escrito de 1920, no hace sino perfeccionar la idea básica de Sabina Spielrein, idea que, nos dice, en la época de las reuniones de los Miércoles había rechazado con mucha vehemencia; rechazo que el propio Freud aceptará de manera escrita en uno de sus artículos –lo cual veremos más adelante- diez años más tarde.

Otra carta, ahora de Sabina Spielrein a Jung, se suma a la serie de documentos que forman parte del entramado que utilizan como base de su alegato quienes dan a la obra de la autora el crédito de la creación del concepto de la pulsión de muerte. El 27 de septiembre de 1917 escribe:

Para expresar aquí mi opinión personal, quiero decir que incluyo el instinto de autoconservación dentro del de conservación de la especie; la necesidad de existir se convierte de manera enteramente inadvertida en la necesidad de morir y de renacer (Spielrein Sabina, en, Carotenuto, A. 1984: 152).

Aldo Carotenuto plantea acerca de *La destrucción como causa del nacimiento* de la Dra. Spielrein, intentando abarcar lo más posible las intenciones teóricas de ésta

Al final del ensayo afirma que sus ejemplos demuestran claramente que, como lo prueban algunos hechos biológicos, el instinto reproductivo, aun desde el punto de vista psicológico, está constituido por dos componentes antagónicos, y que por consiguiente existe tanto un instinto de nacimiento como un instinto de destrucción (Carotenuto, A. 1984: 59).

Ello nos proporciona una visión aún más completa de la postura de Sabina Spielrein y nos ofrece también más puntos de comparación. Veamos ahora el punto de vista de Freud, y, si en realidad existen coincidencias teóricas entre este y Spielrein. Él expone, señalando su propia teoría:

Hemos partido de la gran oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte. El propio amor de objeto nos enseña una segunda polaridad

de esta clase, la que media entre amor (ternura) y odio (agresión). ¡Si consiguiéramos poner en relación recíproca estas dos polaridades, reconducir la una a la otra!... (Freud, S. 2004. XIII: 52-53).

¿Es posible pensar efectivamente, después de leer esto, en semejanzas entre las ideas de ambas partes? ¿Debería tal vez pensarse en cierta copia de ideas utilizando palabras distintas? ¿La dicotomía instinto de nacimiento-instinto de destrucción (de muerte) parece similar a la planteada como pulsión de vida-pulsión de muerte? ¿Se trata en todo caso, tanto en una como en otra de que lo primero lleva dentro de sí a lo segundo, es decir a su contraparte?

Es de gran interés mostrar aquí la única cita, cuyo contenido ya ha sido esbozado por Carotenuto párrafos atrás, en la cual Freud hace referencia a las ideas de Sabina Spielrein. Esta se encuentra en *Más allá del principio del placer* (1920), se trata de la nota 22:

Sabina Spielrein, en un trabajo sustancioso y rico en ideas (1912), aunque por desdicha no del todo comprensible para mí, ha anticipado un buen fragmento de esta especulación (la concerniente al sadismo y al masoquismo). Designa allí al componente sádico de la pulsión sexual como <destrutivo> (Freud, S, 1920, XX: 53).

Sin embargo, y a pesar de ello, eso no le impide decir diez años después en el *Malestar en la cultura* (1930 [1929]), omitiendo mencionar entonces que no había entendido de que hablaba la autora en aquel trabajo –La destrucción como causa del nacimiento-

Recuerdo mi propia actitud defensiva cuando por primera vez emergió en la bibliografía psicoanalítica la idea de la pulsión de destrucción, y el largo tiempo que hubo de pasar hasta que me volviera receptivo para ella (Freud, S, 1930 [1929], XXI: 116).

Pero esta confesión, que por momentos nos hace pensar que Freud le concederá crédito Sabina Spielrein, lo que finalmente no sucede así, contrasta con lo señalado párrafos antes en la misma obra, donde tampoco aparece referencia alguna a la autora de dicha idea, tan perturbadora en un principio para Freud

Di el siguiente paso en *Más allá del principio del placer* (1920g), cuando por primera vez caí en la cuenta de la compulsión de repetición y del carácter conservador de la vida pulsional. Partiendo de especulaciones acerca del comienzo de la vida, y de paralelos biológicos, extraje la conclusión de que además de la pulsión a conservar la sustancia viva y reunirla en unidades cada vez mayores, debía de haber otra pulsión, opuesta a ella, que pugnara por disolver esas unidades y reconducirlas al estado inorgánico inicial. Vale decir: junto al Eros, una pulsión de muerte; y la acción eficaz conjugada y contrapuesta de ambas permitía explicar los fenómenos de la vida<sup>19</sup> (Freud, S, 1930 [1929]), XXI: 114 y 115).

Jean Garrabé, quien en “La noche oscura del ser” -producción acreedora al *Psi de oro* como la mejor obra de psiquiatría publicada en Francia en 1992- señala que en *La destrucción como causa del devenir* (1912), la producción más relevante de la *autora*

Al interrogarse sobre el miedo que inspira en el ser humano la sexualidad y sobre los sentimientos de defensa como la angustia y el desagrado que suscita el instinto de procreación, Sabina Spielrein postula que los provocan ‘los sentimientos llamados por el componente destructor del instinto sexual mismo’<sup>20</sup> (Garrabé Jean, 1996: 65).

A la pregunta ¿existe un instinto de muerte? Jean Garrabé comenta que Freud, quien responde afirmativamente a esta pregunta en *Más allá del principio del placer*, se contenta con subrayar –como ya lo vimos- que en un trabajo lleno de interés y de ideas, pero que desgraciadamente le parece poco claro, Sabina retoma una gran parte de tales especulaciones, dando al elemento sádico del instinto sexual el nombre de destructor. Sin embargo, Garrabé asevera en favor de la *autora*

Ahora bien, Sabina Spielrein no retomaba especulaciones anteriores sino que expresaba ideas originales de las que Freud estaba bien enterado para conocer su génesis, ideas que él se apropiará. Casi todos los analistas que se han interesado después por la pulsión de muerte o de destrucción, han continuado ignorando el nombre de aquella que lo descubrió en el curso de una experiencia amorosa con su terapeuta<sup>21</sup> (Garrabé Jean, 1996: 83).

---

<sup>19</sup> El subrayado es nuestro.

<sup>20</sup> El subrayado es nuestro.

<sup>21</sup> El subrayado es nuestro.

Ahora bien, después de considerar todas estas posturas y antes de dar por sentada una conclusión que otorgue respuesta a la pregunta que da título al presente capítulo de nuestro trabajo, es de vital importancia considerar lo siguiente: Freud tiene diferenciado Trieb de Instinkt. Eso, en principio es por la lengua alemana. Para un germano-hablante no hay confusión, son dos vocablos diferentes. Trieb sólo existe en alemán y no tiene un equivalente en otras lenguas. Es lo que nosotros, por influencia de Lacan llamamos “Pulsión”. Esto es por lo siguiente: Spielrein no es germano hablante, aunque eso no quiere decir que no tenga clara la diferencia. Pero es importante indagar, si cuando escribe instinto de muerte se está refiriendo a Instinkt o al Trieb freudiano. Por lo tanto, se debe definir, claramente, que es pulsión en Freud y qué es instinto en Spielrein.

Nos detendremos nuevamente a definir que es lo que se entiende por *Pulsión*, algo que ya hicimos en nuestro primer capítulo

[...] la <pulsión> nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {Repräsentant} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (Freud, S. 2003, XIV: 117).

Freud especifica que aunque lo decisivo para la pulsión es su origen en el cuerpo –fuente-, en la vida anímica no la podemos conocer si no es por sus *metas*. Sin embargo, a la par de ello resalta que hay en la pulsión un elemento que no es del orden del cuerpo, “el representante”, que si bien no es la fuente, sí es el registro de la pulsión en el psiquismo.

Ahora es necesario establecer ¿Qué debemos entender por *Instinto*? Según lo define la Real Academia Española de la Lengua, es el “Conjunto de pautas de reacción que, en los animales, contribuyen a la conservación de la vida del individuo y de la especie” (fuente: diccionario de la lengua española. Recuperado el 2 de febrero de 2012 <http://buscon.rae.es/drae/>).

Siguiendo esta misma línea, resulta aún más ilustrativa la definición que del concepto de *Instinto* encontramos en el Diccionario de Psicoanálisis de Laplanche y Pontalis “A) Clásicamente, esquema de comportamiento heredado, propio de una especie animal, que varía poco de uno a otro individuo, se desarrolla según una secuencia temporal poco susceptible de perturbarse y que parece responder a una finalidad. B) Término utilizado por algunos autores psicoanalíticos franceses como traducción o equivalente del término freudiano *Trieb*, para el cual, en una terminología coherente, conviene recurrir al término francés <pulsión>” (Laplanche, J. y Pontalis, J. B., 1979: 206). Es decir que en este sentido no hay confusión entre instinto y pulsión, si se usan como equivalentes es debido una falta de coherencia y a un error de traducción, la confusión por lo tanto es posible sólo fuera del campo del psicoanálisis.

Melanie Klein, austriaca y germano hablante nos servirá ahora para ejemplificar la diferencia que en dicha lengua se hace de manera clara entre los conceptos en cuestión. En el vol. III de sus obras completas, existe un trabajo titulado “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé” (1952), en él aborda la parte de instinto de vida y muerte en el nacimiento y lo separa claramente de las pulsiones libidinales y agresivas “*Suponemos que existe también una interacción, aunque en proporciones variables, entre las pulsiones libidinales y agresivas, que corresponde a la fusión de los instintos de vida y los instintos de muerte*” (Klein, M. III. 1975: 71). Klein no confunde ni mezcla aquí los términos, señala de manera claramente distinta pulsiones por un lado e instintos por otro. Y Nuevamente paginas adelante dentro de la misma obra encontramos

Podemos suponer que cuando la ansiedad persecutoria es menos intensa, la escisión es de menor alcance y por lo tanto el yo es capaz de integrarse y sintetizar en cierta medida los sentimientos hacia el objeto. Bien pudiera ser que cada uno de estos pasos hacia la integración sólo se produce si, en ese momento, el amor hacia el objeto domina sobre las pulsiones destructivas (en última instancia, el instinto de vida sobre el instinto de muerte) (Klein, M. III. 1975: 74 y 75).

Pareciera que por un momento se confunden los conceptos pero lo que Klein hace aquí es llevar al extremo el concepto de pulsión, al mencionar “en ultima instancia” lo está reduciendo –que no mezclando- a un concepto más básico, el instinto.

Volviendo con Freud, él distingue entre los estímulos que provienen del interior del cuerpo (endógenos), más específicamente del psiquismo, los cuales identifica con la *pulsión*. Estos ejercen una fuerza constante en la búsqueda del objeto, el cual es en este caso solamente una herramienta para llegar a la meta. De allí que haga una división entre pulsión de vida y pulsión de muerte, cuya meta es la vuelta a lo inorgánico. Aparte ubica otros estímulos, los que provienen del *instinto*, que tienen una fuerza que actúa de manera cíclica y encuentran en el objeto un satisfactor temporal.

Habría que tomar en cuenta entonces para lograr aproximarnos a una respuesta para la pregunta que se plantea como título en este capítulo si Sabina Spielrein se refería a lo mismo cuando hablaba de *instinto de destrucción* que Freud cuando hablaba de *pulsión de muerte*, si al hacerlo se adentraba al terreno de la subjetividad o no, si al momento de redactar esta su obra hablaba específicamente de psicoanálisis o de algo más (psicología por ejem.), por lo tanto si abordaba el inconsciente en sus teorizaciones, la represión, si hablaba de la misma sexualidad que Freud, y en ultima instancia si ¿existió un plagio de idea o de concepto? Parece muy complejo que alguien elabore ideas propias que no tengan nada de relación con las que anteriormente haya tenido contacto y que se deriven a su vez de otras personas que por cuestiones distintas hayan tenido algún tipo de influencia en su pensamiento. De hecho varias corrientes psicológicas han retomado ideas de planteamientos psicoanalíticos como transferencia, resistencia, represión –si bien estas ideas tampoco se originaron en el psicoanálisis pero si su aplicación específica al terreno psi- sin que se les haya imputado robar ideas al psicoanálisis. Otra cuestión muy distinta es aquella en donde se retoma un concepto propio de algún autor y se le cita argumentando que

es propio, es decir el adueñarse de cierta interrelación de ideas que llevan a un postulado específico y determinado.

Debido a lo anterior es necesario retomar un par de citas de “La destrucción como causa del devenir” (1912) de Sabina Spielrein, las cuales nos servirán de apoyo para aproximarnos más al esclarecimiento de las distintas posturas teóricas entre ésta y Freud. Spielrein menciona “En correspondencia con el componente destructivo contenido en el instinto sexual, el hombre, que tiene una disposición más activa, manifiesta deseos más sádicos: el hombre quiere destruir a la amada, mientras la mujer, que se imagina más como objeto de amor, quiere ser destruida” (Spielrein, S., 1977: 13, versión word). Es decir que el *instinto de destrucción* que propone va a estar dirigido hacia dentro pero también hacia afuera del sujeto, hacia el entorno. Sin embargo, aquí se puede argumentar a la par que Freud también mencionó que en el sadismo podía hallarse una expresión de la *pulsión de muerte*, si bien de manera descentrada. Pero para Freud aunque descentrada, dicha pulsión siempre iba referida hacia la autodestrucción del sujeto, hacia la muerte, lo cual contrasta por lo sugerido por Spielrein en el siguiente extracto

La autodestrucción puede ser remplazada por la destrucción de una víctima. En la concepción cristiana Cristo enfrenta la muerte sacrificial y muere en lugar de los hombres, que en la visión religiosa sufren simbólicamente la muerte junto a él. A través de esta autodestrucción simbólica se podría decir que se obtiene lo mismo que Cristo obtuvo con su autodestrucción, es decir la resurrección. En la visión cristiana la autodestrucción se produce en la imagen de la inhumación, que sería una restitución a la madre tierra. La resurrección es el nacimiento (Spielrein, S., 1977: 24, versión word).

En este mismo sentido, parece que la fuerza que mueve al instinto que propone es cíclica, obtiene por una u otra vía la satisfacción momentánea, a diferencia de la pulsión, cuya fuerza constante, no se satisface ni apunta hacia un objeto fijo. Ello nos lleva entonces a pensar que Sabina Spielrein no hablaba en su obra de una *‘pulsión de destrucción’* nombrándola como *‘instinto de destrucción’*, sino que hablaba de éste último como tal, y que la confusión ha sido generada por quienes



siguen su obra y están preocupados otorgarle un lugar clave en el desarrollo de la teoría psicoanalítica.

Finalmente podemos decir, que las interrogantes que se fueron sumando a lo largo del recorrido que llevamos a cabo en este capítulo nos permiten una mejor orientación hacia la consecución de nuestra esperada respuesta: Tenemos que tomar en cuenta que si bien Sabina Spielrein no tenía el alemán por lengua materna sino la rusa, no lo desconocía y podemos suponer que por lo tanto tampoco a la diferenciación básica entre instinto y pulsión, máxime que su obra *La destrucción como causa del devenir* la publicó en alemán, en el Jarbuch y fue miembro del círculo psicoanalítico de Viena. Además de lo anterior los autores que proclaman la prioridad de Spielrein en cuanto al concepto de pulsión de muerte no puntualizan si esta manejaba en sus postulados los mismos constructos psicoanalíticos como inconsciente, represión o sexualidad en el sentido que Freud lo hacía. Lo que si podemos afirmar es que ésta también pensaba en implicaciones subjetivas al hablar de instinto destructivo y que por lo tal en este rubro si existe un acercamiento en relación a los posteriores desarrollos freudianos. Aunado a ello y quizá lo fundamental sea el que Spielrein parte (apoyándose) de hechos biológicos para dar cuenta de fenómenos psíquicos, pero nuevamente nos sale al paso otra puntualización al respecto, ¿No era eso algo que Freud había ya realizado también en el los inicios del psicoanálisis posibilitado a ello a final de cuentas por su formación medica al igual que Sabina? ¿No era acaso una teoría en boga en ese entonces la “teoría del plasma germinal de Weissman” que apunta en ese sentido?

Finalmente, la respuesta que nos deja por conclusión la disertación ya realizada se enfila en la siguiente dirección: si bien puede haber Freud retomado ideas básicas de Sabina Spielrein para su propia teorización, ello no demuestra que la teorización completa acerca del concepto de pulsión de muerte haya sido tomado de la segunda, que no hay argumentos suficientes en quienes lo afirman para así aseverarlo y que finalmente una inclinación en uno u otro sentido de la

balanza sería algo estéril, que no se enfocaría en lo verdaderamente significativo, es decir las distintas aristas de la problemática y la colaboración a su mejor comprensión que cada una de las obras desde las que se juzga a ambos autores –*La destrucción como causa del nacimiento* (1912) y *Más allá del principio del placer* (1920)- en su momento aportaron y actualmente siguen aportando al estudio de la forma en que funciona la psique.

## **CAPÍTULO 4.-**

### **LA PULSIÓN DE MUERTE ¿CONTINENTE O CONTRAPARTE DE LA PULSION DE VIDA?**

El capítulo que en estos momentos nos ocupa está destinado a efectuar una disertación entre las posturas de tres autores de origen francés que han enfocado sus esfuerzos -entre otras de sus reflexiones- a *la pulsión de muerte*. Ello no es de poca importancia, y es que a lo largo de nuestro trabajo nos hemos encontrado con que en lo que a pulsiones se refiere, existe todavía mucha labor por hacer debido a las escasas producciones en cuanto al tópico compete. Por lo tanto y dada la cualidad de la pulsión que nos interesa, dicha inmersión por el pensamiento de tales autores –Laplanche, Mannoni y Garrabé- es un paraje obligado.

Jean Laplanche en su trabajo *Vida y muerte en Psicoanálisis*, desmenuza el escrito freudiano de 1920 donde su autor devela, a la manera que lo haría un artista con su nueva obra de arte, la polémica pulsión de muerte. El co-autor del *Diccionario de psicoanálisis* nos dice que existen dos momentos cruciales en tal obra, entrelazándose en el primero un fenómeno observable en lo clínico y un concepto acuñado como ya vimos, de manera necesaria para la teoría-; el segundo momento agrega, se encuentra encaminado a justificar la búsqueda del sujeto encaminada a volver sobre estados anteriores en el tiempo

*Más allá del principio del placer*, en dos frescos o en dos cánticos bien diferenciados, nos arrastra irresistiblemente hacia su mito: en un primer tiempo, los fenómenos más variados de la *repetición*, en lo que tienen de irreductibles, se cargan en la cuenta de la *esencia de la pulsión*. En un segundo movimiento, esa tendencia del individuo humano a reproducir sus estados y sus primeros objetos aparece vinculada a una fuerza universal, que va mucho más allá del campo psicológico y aun del campo vital; fuerza cósmica irresistible que se propone reducir, regresivamente, lo más organizado a lo menos organizado, las

diferencias de nivel a la uniformidad, lo vital a lo inanimado (Laplanche, J. 1987:144)

Vemos así, que Laplanche adjudica la compulsión de repetición a la pulsión de muerte, pero como *tendencia*, toma a estos como parte de una supuesta 'fuerza universal' que se ubicaría por encima de lo psíquico y de lo biológico. Pero lo que de momento se encuentra pendiente en esta ilación de ideas es cómo ello se justifica a nivel de lo psíquico, a nivel de las interacciones de la energía libidinal, explicación necesaria para clarificarnos el panorama que se plantea, lo cual encontramos de manera consecuente en su escrito. Continuando con su argumentación, sostiene:

Se trata, pues, de captar lo que es más 'pulsional' en la pulsión – precisamente la ataraxia, el Nirvana como abolición de toda pulsión-, lo que es más vital en lo biológico –la muerte explícitamente designada como 'fin último' de la vida. Todo ser viviente aspira a la muerte en razón de su tendencia interna más fundamental, y la diversidad de la vida, tal como nosotros la observamos en sus formas múltiples, jamás hace otra cosa que reproducir una serie de avatares fijados en el curso de la evolución, desvíos adventicios provocados por tal o cual traumatismo, por tal o cual obstáculo suplementario: El organismo no sólo quiere morir, sino 'morir a su manera' (Laplanche, J. 1987:144)

Resulta por demás importante hacer notar aquí, que el fin último de la pulsión de muerte según el análisis del texto freudiano realizado por nuestro autor, sería el *Nirvana* como abolición de toda pulsión, como tendencia al cero de excitación y no la *Constancia*, la cual no necesariamente remite al cero sino al mantenimiento sostenido de X nivel de excitación.

También en su libro "Vida y muerte en Psicoanálisis", del que dedica un capítulo exclusivamente a trabajar la cuestión de la pulsión de muerte, Laplanche puntualiza acerca del título que Freud otorga a su escrito, haciendo patente la pertinencia de cada palabra que lo conforma:

Y es obvio que lo que en *Más allá del principio del placer* se reafirma con el nombre de Nirvana es, precisamente la prioridad del cero. El

desplazamiento del término 'principio del placer' no debe desorientarnos: El principio del placer, por el hecho de que a lo largo de todo el texto se lo enuncia siempre juntamente con su 'modificación' en principio de realidad, se sitúa en lo sucesivo en el lado de la constancia. Es 'su forma más radical', su '*más allá*', la que, como principio de Nirvana, vuelve a afirmar la prioridad de la tendencia al cero absoluto o 'pulsión de muerte' (Laplanche, J. 1987:159)

Laplanche se refiere aquí a que tenemos todavía después de la 'constancia' que existe una tendencia al "cero" en el psiquismo, que lo que busca es la abolición de toda excitación, la cual Freud la ubica finalmente por encima de la primera. El Nirvana como extremo ampliado de inactividad total hacia el cual empuja la pulsión de muerte.

Por otro lado, Laplanche lanza una afirmación que engloba todos los esfuerzos de Freud por definir la cualidad de esa  *fuerza universal*  denominada  *Nirvana*  que determina a la pulsión "A partir de  *Más allá del principio del placer* , lo que se encuentra invadido por la inmanencia de una tendencia al cero, que trabaja oscura pero inexorablemente 'en el interior', es la totalidad del dominio biológico, tanto su historia como sus manifestaciones actuales" (Laplanche, J. 1987:167). Tenemos entonces que al final, la característica básica de la pulsión es la de estar sujeta y determinada por el terreno de lo biológico y por las consecuencias de su desarrollo a través del tiempo.

Pero Laplanche no deja que lo psíquico se pierda simplemente en el campo de lo orgánico, aclara de manera muy pertinente en qué ámbito es válido hablar del principio de Nirvana, el cual asimila –como no lo había hecho antes- al principio del placer como una forma de llevar al extremo la constancia

El principio del placer, radicalizado como principio de Nirvana, sólo ha sido descubierto y sólo es válido en el nivel de las representaciones, y no podría ser pura y simplemente considerado como un calco de principios aparentemente similares observados en 'el orden vital' sin que se suscitara en el campo del psicoanálisis una total confusión (Laplanche, J. 1987:167)

Es decir, que si bien es cierto que lo psíquico ejerce sus influjos sobre lo corporal y viceversa, las leyes que rigen a uno y otro no pueden ser las mismas, y que al hablar de principio de Nirvana en psicoanálisis el sentido del término se orienta a la ausencia de representaciones de pulsiones que estimulen la dinámica psíquica, así que forzar el mismo en el terreno de lo biológico sería como hacer una traducción literal de un idioma a otro (inglés – español, por ejemplo), con lo cual se pierde gran parte del sentido que se debe añadir con la interpretación. Pero pese a lo recién mencionado, el autor afirma:

Sin embargo, precisamente con los *principios del orden vital* intenta Freud, desde el comienzo, establecer una especie de continuidad. A tales principios refiere en *Más allá del principio del placer*, como tendencia a la muerte, una compulsión de repetición cuya prueba principal proviene, no obstante, del fenómeno psicoanalítico por antonomasia: la transferencia. Y el interrogante más difícil que podemos plantearnos es el que se refiere a una exigencia interna que lleva a trasladar al nivel biológico dos tesis que solo pueden justificarse con relación al descubrimiento psicoanalítico (Laplanche, J. 1987:167)

Hallamos de este modo que la dificultad para enlazar a la compulsión de repetición con la pulsión de muerte estribaría en pretender hacer coincidir dos lenguajes que en apariencia son distintos, uno proveniente del psicoanálisis y el otro de la biología, algo que sería una *inconmensurabilidad* entre ambos que dificultaría cualquier intento de vinculación. Sin embargo, tenemos que aún en la inconmensurabilidad hay posibilidades de diálogo precisamente cuando se encuentran los *términos* adecuados para poder iniciar uno, paliando de esa forma su aparente imposibilidad. Por lo tanto, lo que nos restaría por desentrañar es si tanto *la compulsión de repetición* como *la pulsión de muerte* son los términos indicados para facilitar tal encuentro, tarea en la cual nos hemos empeñado desde el inicio del presente trabajo.

Sin embargo, a esta lista de precisiones que propone Laplanche en su documento, hay que considerar un detalle que resulta fundamental, el cual, como si fuera para señalar un punto crucial en la discusión, es reservado por el autor

para la parte final de su escrito. Diríamos, desde nuestra comprensión, la más determinante y tajante de sus tesis acerca de la pulsión de muerte:

La energía de la pulsión sexual, lo sabemos, ha recibido el nombre de 'libido'. Nacido de una preocupación formalista por la simetría, el término *destrudo* propuesto antaño para designar la energía de la pulsión de muerte, no sobrevivió ni un solo día: La pulsión de muerte no tiene energía propia. Su energía es la libido. O, mejor dicho, la pulsión de muerte es el alma misma, el principio constitutivo, de la circulación libidinal (Laplanche, J. 1987:169)

No es poca cosa el panorama que queda a la vista después de tal afirmación, y es que lo que ello parece decir, por inferencia, es que todas las pulsiones a final de cuentas derivan de la pulsión de muerte, incluso la de vida o sexual, la cual se supone que se contraponen a la primera obligando a un cierto equilibrio entre ambas, y lo cual dejado de lado produce la idea de una fatal, primordial e inevitable tendencia de la vida -si bien *a su manera*- a la muerte.

Pero lo anterior lo dejaremos por el momento en el sentido de un supuesto, ya que aunque mencionamos que la pulsión de vida deriva de la pulsión de muerte no quiere ello decir que mantengamos por sentado que una conlleva a la otra dentro de su sí misma, sino que aun concediéndole energía para sus procesos dinámicos, se contraponen cuando de actuar se trata. Su manifestación conjunta o mezclada no justifica el considerarlas dos elementos de una misma cuestión.

Avanzando en nuestro recorrido a través de la literatura psicoanalítica francesa que versa sobre la pulsión de muerte, nos encontramos con otro prominente autor (discípulo de J. Lacan), Octave Mannoni, quien escribe un libro titulado *Freud. El descubrimiento del inconsciente*, en el cual dedica al tema de la *pulsión de muerte* un apartado específico, denominándolo *Una pulsión de muerte o de destrucción que opera en el silencio*, en el que plantea lo siguiente:

...la pregunta sufrirá una modificación decisiva: la formulación que dice ¿cómo es posible que la representación del sufrimiento sea una fuente de placer? Se transforma en ¿cuál es la naturaleza de la compulsión que

lleva a repetir las situaciones desagradables, como ocurre, por ejemplo, en la neurosis traumática y en el juego de los niños? (Mannoni, O. 1987:128)

Esta segunda pregunta encuentra su lógica desde la perspectiva de que si algo se presenta de manera compulsiva y no sólo a manera de re-presentación, es debido a que hay una falta de traducción que en ello encuentra su expresión, para lo cual el autor tiene reservado un nombre

Cuando se realiza el análisis de esas repeticiones (que en la vida aparecen cómo repeticiones de fracasos y que en la cura hallamos en la transferencia) utilizando los dos grandes principios (placer y realidad), queda un *resto*. Este resto es la compulsión a la repetición que parece imposible justificar (Mannoni, O. 1987:128)

El acento, parece a primera vista, está puesto en la compulsión a la repetición, *Zwangwiederholung* que Mannoni señala en lo que llama *resto* debido a que no es posible argumentarlo desde ninguno de los dos grandes principios hasta entonces conocidos, por lo cual se presenta como necesaria la modificación de tales principios o bien la creación de un concepto nuevo que lo explique.

Pero veamos de qué habla Mannoni cuando se refiere a este *resto*, para ello retoma uno de los ejemplos trabajados por Freud con el mismo fin: ilustrar la repetición, la cual analiza apoyándose en la primera tópica, cuestión llamativa dado que precisamente a partir de la *compulsión a la repetición* se da la necesaria creación una segunda tópica que permita la adecuada apreciación del fenómeno

En un juego un niño repetía, haciendo desaparecer y reaparecer un objeto cualquiera, la situación desagradable que creaba la partida de su madre. Este juego era un juego verbal; los adverbios alemanes *fort* y *da* ritmaban las partidas y los retornos. Se trata de simbolizar una situación o, como dice Freud, ligar las excitaciones pulsionales y someterlas al proceso secundario por medio de la actividad verbal que está a disposición del preconscious. Si el preconscious fracasa, la repetición continúa indefinidamente (Mannoni, O. 1987:128)



El asunto central de la compulsión a la repetición entonces, según lo plantea Mannoni, estribaría en pasar o no por la palabra, en que la representación cosa se uniera o no con la representación palabra para posibilitar o no, la elaboración. Y es de esta forma que llega a un lugar común, al relativo a puntualizar el factor que determina que las excitaciones pulsionales no logren ser ligadas, que 'el preconscious fracase', establecido lo cual, parece, se salvaría el obstáculo que representa su comprensión. Aspecto relevante, ya que abre la posibilidad de pensar de una manera diferente la compulsión, pues al acercarla al ámbito de la palabra, la compulsión y ésta, dicha o no, se encuentran atadas. En este caso, diríamos que es el significante quien impulsa la compulsión. Por tanto, la explicación que surge tiene una tendencia diferente: es el orden de la palabra lo que lleva a esta tendencia y no una energía que proviene del interior del cuerpo, como Freud proponía. Ubica a la pulsión hacia el terreno de la palabra y el psiquismo y no desde la determinación biológica.

Sin embargo, al pasar al punto clave: *la pulsión de muerte*, surge una vez más, en este autor al igual que en el que anteriormente revisamos, la crítica debido a la oscuridad de dicha tesis

Se deduce entonces (de modo muy especulativo) que toda pulsión tiende a repetir un estado antiguo que el sujeto ha sido obligado a abandonar (y *aquí* se acerca al deseo) y, por una extrapolación que Freud considera arriesgada –pero que realiza-, supone la existencia de una *pulsión de muerte* que tiende a reducir a los seres vivos a un estado anterior a la vida (el de la materia inorgánica) (Mannoni, O. 1987:128)

Al parecer, según lo estipulado en la cita anterior, Mannoni tampoco considera que Freud tenga completamente claros los alcances de su tesis, pero contrariamente a Laplanche, no cree que éste plantee a la par de la *pulsión de muerte*, el dominio de lo biológico. Considera, sí, que se toma un riesgo, que parece por momentos que va a fundir o mezclar el nuevo concepto con un concepto anterior ya asentado, incluso maneja que por momentos faltan elementos para establecer de manera sólida y plenamente fundamentada la categoría que se propone -lo cual

por cierto Freud acepta abiertamente- pero nunca afirma la supremacía de lo biológico sobre el campo de lo psíquico.

Freud no está convencido de haber demostrado la existencia de una pulsión de muerte en el sentido biológico, pero está persuadido de la necesidad de un principio distinto que explique los hechos de repetición, odio, agresividad, culpabilidad...El postulado que lo había guiado al comienzo, la búsqueda del placer reglada por la realidad, es decir, un hedonismo moderado por la sabiduría, no puede ser suficiente. Desde el punto de vista de la biología, la hipótesis de la pulsión de muerte sigue siendo paradójica o arbitraria, sobre todo si los traductores la convierten en *instinto* (Mannoni, O. 1987:129)

De nueva cuenta aquí la diferencia es clara: la confusión de los términos *pulsión de muerte* e *instinto de muerte* sólo es posible fuera del psicoanálisis, ya que dentro de éste si bien existe un elemento que proviene del cuerpo y actúa en el psiquismo, es decir *la representación de la pulsión*, ello se desarrolla en el terreno psi y no en lo biológico. No se trata pues de una referencia a la muerte orgánica en el sentido estricto, razón por la cual nos advierte Mannoni que todo aquel autor que no quiera suscitar dicho malentendido necesita tener presente tal separación, y que aun cuando para la biología sea complicado aceptar la existencia –por falta de pruebas que lo justifiquen al interior de su campo de estudio- de un hecho como el de la *pulsión de muerte*, para nuestra disciplina es algo sumamente necesario:

Pero para el psicoanálisis, bajo una u otra forma, es indispensable. Se trata de una pulsión de un carácter tan fundamental como la pulsión sexual y que será el otro polo de una estructura en donde el primero es la *libido*; de modo que el yo, desalojado ya de su antigua posición polar, sometido a las catexias narcisísticas, será además objeto de los ataques que provienen de este nuevo flanco. La necesidad de este desarrollo era previsible desde la introducción del narcisismo (Mannoni, O. 1987:129)

También en este punto encontramos aparentes divergencias entre los dos autores franceses que hemos revisado: Laplanche considera que la pulsión de muerte echaría a andar la libido, y asegura que esta es su energía, ya que no existe otra distinta a ella dentro del aparato psíquico. Mientras que lo que Mannoni expresa

es que existe un antagonismo entre libido (pulsión sexual) y pulsión de muerte, ubicándolas a su vez en posiciones distintas, frente a frente. Aunado a ello, tal como ya lo anticipábamos, este descubrimiento es tomado por nuestro segundo autor como algo que viene a completar un requerimiento ya surgido en la teoría psicoanalítica desde tiempo atrás, justificando con ello su existencia y proporcionándole una base sobre la cual asentarse.

Y el por qué de las diferencias que hemos señalado líneas atrás aparece enseguida, Mannoni arguye desde su posición cómo es que se tiende a confundir a la pulsión de muerte con la libido, basándose para eso en el actuar de ambas y no solamente en la proveniencia de la energía que pone en movimiento el aparato psíquico.

Por una aplicación, o una extensión del principio de constancia, Freud hizo de la reconstitución de un estado anterior el fin de las pulsiones en general. Pero una vez despejada la pulsión de muerte, agente de la repetición, ésta es la única que tiene por fin un retorno al estado anterior. Eros, o la libido, siendo el principio de unión, no busca una unión perdida. Si a veces parece que lo hace, es porque a su acción se incorpora silenciosamente la pulsión de muerte (Mannoni, O. 1987:129)<sup>22</sup>

Así entonces, para nuestro autor en turno, la pulsión de muerte puede obrar de manera silenciosa -y casi se entiende, escurridiza-, pero no como fin último, o como fuerza universal hacia la que tiende, natural e inevitablemente la vida. La libido busca la unión, pero la unión nueva de unidades cada vez mayores de vida orgánica; la pulsión de muerte, una unión perdida, en el pasado, con lo inorgánico. Sin embargo, no lo olvidemos ni dejemos de lado, todo ello en el sentido de las representaciones psíquicas, ya que no estamos hablando de hechos puramente biológicos que como hemos visto no es posible sustentar desde ésta óptica.

---

<sup>22</sup> El subrayado es nuestro.

Por último en su escrito, Octave Mannoni nos dota de una reflexión que no nos deja mucho que decir -por el momento-, pero sí bastante que pensar

Si la existencia de la pulsión de muerte no se ha convertido todavía en un lugar común, si ella aún provoca el efecto de una paradoja inútil, es porque nadie hasta ahora se ha atrevido a escribir los ‘tres ensayos sobre la pulsión de muerte’ que superarían las descripciones de la criminología, del mismo modo que los *Tres ensayos sobre la sexualidad* volvieron caduca la sexología. Es claro que aquí las resistencias son infinitamente más fuertes que en el caso de *libido* (Mannoni, O. 1987:129)

Lo que ello nos deja pensando pues, es que dado que el psicoanálisis ha propinado ya dos fuertes golpes al narcisismo humano -en el sentido coloquial del término-, primero con la desmitificación del ‘individuo siempre consciente de su vida psíquica’ transformándolo en ‘sujeto del inconsciente’, y en segundo lugar con el develamiento de la sexualidad infantil que tanto encono causó entre las “buenas conciencias” –nuevamente en el sentido coloquial-, el asestarle un tercer golpe más fuerte aún que los dos anteriores como el que representa la empresa ya propuesta –la necesaria validación de una pulsión de muerte- equivaldría, para el maltrecho narcisismo humano, quizás a rematar a un pugilista que se encuentra a un paso del desmayo, de lo que podría resultar o un grave daño o una lección de la cual aprender.

Otra obra francesa más que debemos revisar debido al abordaje tan particular que realiza de la pulsión de muerte es, *La noche oscura del ser (Una historia de la esquizofrenia)* de Jean Garrabé.<sup>23</sup> En ella el autor nos narra el impacto que el concepto de *pulsión de muerte*, al parecer de manera controvertida, tuvo hasta los últimos días de la vida de la que para algunos, cómo él, fuera su verdadera creadora, Sabina Spielrein. Garrabé comenta que “Después de haber ejercido en Suiza y especialmente en Ginebra, en donde, dicho sea de

---

<sup>23</sup> Incluimos a Jean Garrabé en la disertación pese a que no presenta una postura específica en relación al tema abordado, limitándose a lo anecdótico, por la cuestión de que retoma a Sabina Spielrein, la que es un personaje clave en los capítulos anteriores de esta tesis. Su importancia se encuentra entonces en que nos fija un contexto.

paso, tuvo en análisis a Jean Piaget, Sabina Spielrein regresó a la URSS, por consejo de Freud, tras la revolución de Octubre” (Garrabé, J. 1996: 83). La mención de este hecho no carece de intención, tal pareciera que al mencionar Garrabé que fue Freud quien dejando de lado la pretendida neutralidad que permea al psicoanálisis como doctrina, emite una recomendación a Spielrein, según deja entrever, uno puede imaginarse que lo que buscaba era alejarla lo más posible de sí y del panorama psicoanalítico, y de este modo evitar que le estorbara en su intención de reservarse el crédito acerca de la creación del concepto de la pulsión de muerte para sí mismo. A propósito de lo interesante de la primera parte del dato, el análisis Piaget-Spielrein, ello tuvo lugar gracias al siguiente hecho: Eduard Claparede, fundador en 1912 del instituto de Psicología Experimental y de investigación del Desarrollo Infantil ‘Jean Jacques Rousseau’ invitó en el 1920 a Spielrein, quien contaba entonces con 35 años de edad, a dar un curso y a ocupar el lugar de su asistente. También Piaget en 1920, a los 23 años, fue invitado por Claparede a participar en el Instituto ‘Rousseau’ y además fue aceptado por la Sociedad Suiza de Psicoanálisis. Y en 1921, todos los días durante ocho meses, excepto los domingos, a las ocho de la mañana, tenía su sesión de análisis con Sabina Spielrein:

*Todo lo que decía de mí mismo me llenaba de interés. Era fascinante volver a encontrarme con mis complejos de infancia. Me interesó vivamente pero, con respecto al psicoanálisis como doctrina...eso es otra cosa. Entonces, cuando mi analista descubrió que yo era impenetrable al psicoanálisis, que nunca me convencería, decidió que, más valía, interrumpir. Ella detuvo el análisis (Piaget J., en, Volnovich, J. C., [www.psicomundo.com](http://www.psicomundo.com))*

En este nuevo relato, ahora de Piaget, refiriéndose a la apreciable capacidad del ejercicio analítico de Sabina Spielrein, se extrae la impresión de que la psicoanalista era una mujer muy apreciada en su tiempo por sus dotes profesionales, lo cual parece jugar nuevamente el papel de una carta más a favor de la misma, y por el contrario, parece que la doctrina psicoanalítica como tal,

teniendo en esa misma época a Freud como su máximo exponente, no terminaba de convencer a ciertos intelectuales acerca de su sustentabilidad.

Volviendo con Garrabé, éste continúa su argumento relatando el por qué fue que el concepto de *pulsión de muerte*, para él, jugó un papel clave en la vida y muerte de la citada psicoanalista, cuáles fueron las condiciones sociales y punto de evolución de la teoría que motivaron que su vida se viera afectada y se inclinara hacia su destino final

El partido bolchevique pareció apoyar inicialmente al psicoanálisis y en 1921 se fundó la Sociedad Psicoanalítica Rusa en Moscú. Pero desde 1924 los primeros analistas empezaron a interrogarse sobre las relaciones entre el marxismo y el psicoanálisis, y sobre las contradicciones entre las premisas materialistas del primero y las idealistas del segundo. La manzana de la discordia fue, de manera sorprendente, la pulsión de muerte, inaceptable para los psicoanalistas marxistas, que permanecían ligados a la idea de que la angustia vinculada a la sexualidad sólo era debida a la represión social de la vida sexual por la moral burguesa (Garrabé, J. 1996: 84).

Esta cita nos da pie a traer a colación un señalamiento bastante pertinente de la teoría psicoanalítica respecto de la sexualidad, y es el que la angustia por ella, por la sexualidad -se lo ve más claramente a partir de que hace su aparición *la pulsión de muerte*- no sólo proviene por la represión sexual que parte de la moral, la cual da pie a la formación del superyó, si no que la sexualidad se encuentra provista de ciertos componentes angustiosos por ser destructivos en el sentido de la filogénesis. Cuando el sujeto cumple su función como eslabón de la especie a través de la reproducción, se encamina en caída libre hacia su propia decadencia. Nuevamente *pulsión de vida versus pulsión de muerte*.

Sin embargo, lo más llamativo del escrito de Garrabé es el panorama que nos ofrece de cómo el concepto de *pulsión de muerte*, -que nos trae a colación una vez más la cuestión de la supuesta autoría de Sabina Spielrein- al ser

difundido por la obra freudiana derivó –supuestamente- de manera irónica en una tragedia que acabó con la vida de la psicoanalista

Sabina Spielrein, de regreso a la URSS, se ocupó de los niños y publicó todavía en 1931 en una revista internacional el texto de una conferencia pronunciada en la ciudad de Rostov. Después, en 1937, su nombre aparece por última vez en el catálogo de psicoanalistas rusos; un año antes el psicoanálisis acababa de ser condenado definitivamente por Stalin. Desde entonces se pierde su huella (Garrabé, J. 1996: 85).

Curioso el panorama que nos aparece a la vista después de lo anterior, nos deja con la sensación de que la psicoanalista sufrió de una desafortunada relación de descalificación y persecución por parte de dos personajes históricos con los que compartió su tiempo; puesto así, da la impresión de ser víctima de una vida injusta y desacorde para con sus méritos personales.

Y aquí también, en cuanto a la suerte final de Spielrein, al igual que con el concepto en discordia, las posturas divergen entre los autores, curioso dato cuando lo que se busca es una certeza y lo que se encuentra de continuo es lo contrario, incertezas y más preguntas sin respuesta definitiva. La anécdota que Garrabé nos comparte continúa de la siguiente manera:

Por una siniestra paradoja de la historia, la enferma que al ser curada de una experiencia psicótica se había convertido en médico y había sido la primera en descubrir en las manifestaciones de la demencia precoz el componente autodestructor del instinto sexual, habría desaparecido en el *gulag* tras la condena de la teoría del instinto de muerte en nombre del stalinismo. Aldo Carotenuto, quien ha publicado bajo el título de *Comprensione della schizofrenia* la traducción italiana de las obras de Sabina Spielrein, indica sin embargo que ella habría sido fusilada por los nazis en 1941 (Garrabé, J. 1996: 85)

Por una parte, en relación al gulag, este era el sistema penitenciario soviético, pero igual hace referencia a un espacio físico determinado que servía para los mismos fines. Se distinguía por su dureza y por la escasa esperanza de salir con vida de él una vez habiendo ingresado. Del otro lado, nos encontramos con la cuestión del pretendido *fusilamiento* de Spielrein. Nos encontramos nuevamente

así con otro impasse, nuestro autor, intenta otorgar crédito y reconocimiento pero se topa de continuo con la falta de certeza que lo posibilite a ello, no le es posible confirmarnos como se termina la historia de la psicoanalista y así corroborarnos que en todo esto existe efectivamente una paradoja. Sin embargo, independientemente de que haya sido una u otra la manera en que la vida de Spielrein llegó a su fin, iría en otro sentido y no en el de la pulsión de muerte, la cual alude a la destrucción del propio individuo y no de otro, o por parte de otro, cuestión esta última que debiera de analizarse desde otra óptica -¿el de la agresividad quizá?- si lo que se pretende es encontrar una respuesta firme, con bases y adecuada a los fines que se pretenden.

Tenemos entonces que la aparente paradoja se entreteje de la siguiente manera: Sabina Spielrein se restableció de una experiencia psicótica, lo cual le permitió –por medio de sus investigaciones como estudiante de medicina- realizar el descubrimiento de lo que ella llamó el *instinto de muerte* (componente autodestructor del instinto sexual) en la demencia precoz, lo que desembocó a la larga en su muerte debido a la importancia y trascendencia de tal proeza. Sin embargo, nos es complicado realmente encontrar una paradoja en ello, y es que como ya mencionamos líneas atrás, la manera en que se piensa ella pudo haber encontrado la muerte no es de ningún modo relacionable con *la pulsión de muerte*. En primer lugar porque se menciona que fue Freud quién le aconsejó regresar a la URSS, y es a él a quien se carga el peso de tal responsabilidad, el que Spielrein se encontrara en un medio adverso para el psicoanálisis, es decir no es una decisión propia de la psicoanalista. Y en segundo lugar porque no es ella quien determina su muerte, esta se atribuye a el gulag o a los nazis, razones por las que nos cuestionamos ¿puede encontrarse en todo lo anterior alguna ironía o paradoja? Nosotros no la consideramos tal.

Garrabé, tal como ya lo mencionábamos en una nota al pie, no fija una postura –por lo menos en la obra que abordamos- de la cual podamos extraer sí la noción que mantiene acerca de *la pulsión de muerte* coincide con la idea que de la



misma manejaba Spielrein o si se inclinaba por dicha categoría en el sentido que Freud lo hacía, pero aun así nos fue de utilidad para aclararnos si es que la *pulsión de muerte* tuvo el papel preponderante que por algunos se le adjudica en la determinación del destino de ella. Toma pues nuestro autor, un papel neutral en cuanto al rastreo de elementos para dar respuesta a la interrogante que nos mueve en este capítulo.

Y las preguntas para concluir nuestra disertación serían las siguientes ¿Tenemos elementos para poder ubicar en esta trágica historia, así como en las diferentes posturas de los autores ya revisados, la confirmación de que aquello que plantea Spielrein, es decir la existencia de un instinto de vida que conlleva dentro a un instinto de destrucción? ¿Es lo mismo que argumenta Freud con su pulsión de muerte? o ¿Por el contrario las opiniones vertidas en este último capítulo de nuestro trabajo por Laplanche, Mannoni y Garrabé apuntan hacia una diferencia con el enfoque que Freud establece para la pulsión de muerte, categoría que se contrapone a la pulsión de vida también por él estipulada? Lo que hemos observado es que la posición de los autores se inclina hacia lo segundo –a reserva de Garrabé-, lo cual es consecuente con lo planteado por Freud, hablan de pulsión de muerte en el sentido freudiano mismo, apuestan por la separación y actuación contraria -aun cuando sea se presenten mezcladas- de ésta primera y la pulsión de vida, por lo que podemos decir que a pesar de que a primera impresión pareciera que nuestra psicoanalista, Sabina Spielrein, concibió la teoría de que instinto de vida e instinto de muerte son dos opuestos, que pueden actuar a la par, combinados, pero siempre diferenciados, lo cierto es que al analizarlo con mayor reserva se deduce que no es así, sino que planteó que el instinto sexual o de vida tiene un componente destructivo, sí, pero dentro de sí mismo.

Jean Laplanche nos dice que todas las pulsiones se derivan de la *pulsión de muerte*, incluyendo a la de vida o sexual, pero aún así nunca expresa que deban de considerarse dos elementos de una misma cuestión. Octave Mannoni

sostiene que Freud planteó la búsqueda del pasado –inorgánico- como la finalidad de todas las pulsiones, pero que sin embargo, al desmezclar la pulsión de vida y la pulsión de muerte, si parece que la primera lo hace, es solamente debido a que *a su acción se incorpora silenciosamente la pulsión de muerte*. Jean Garrabé se mantiene al margen de la cuestión.

Podemos ahora responder a la pregunta con la que abrimos este último capítulo de nuestro trabajo: *la pulsión de muerte es una contraparte, no un continente de la pulsión de vida*. Ello es de la mayor importancia, primero porque nuevamente nos establece un parte aguas entre la obra de Spielrein y la de Freud, no para quitar u otorgar créditos, sino para analizarlos y aprehenderlos en su verdadera enseñanza y en sus propios conceptos. Después para tener en cuenta de manera clara que no es lo mismo que pretendamos que siendo partes de una misma cuestión la vida se encamine ineluctablemente y como único fin verdadero hacia la muerte –si bien en sus representaciones-, a que tengamos presente que hay dos pulsiones que se mantienen en oposición y que de este modo conllevan a la búsqueda de un equilibrio que les haga posible a los sujetos transcurrir con sus vidas de una manera más o menos viable, por decir de algún modo, que estemos advertidos que a mayor entrelazamiento o mezcla ello es también más posible, pero que cuanto más separadas se encuentren mayores manifestaciones conflictivas habrá en sus respectivos destinos, pues las metas de las pulsiones de vida o de muerte se presentaran por si mismas de manera más cruda en su actuar.

## CONCLUSIONES

Llegados al final de nuestro recorrido a través los temas y capítulos por los cuales atravesamos nos hemos quedado con varias certezas al igual que con algunas inquietudes. Hemos podido leer en Freud como éste nos pide confiar en sus deducciones sobre la pulsión de muerte y su ligazón con la compulsión de repetición, la cual nos dejó ver explícitamente, aunque nos advirtió que ello sólo es posible hacerlo por medio de ciertos rodeos y conjeturas que por momentos nos pudieron parecer aventurados, pero que no se pueden corroborar tal como por algunos fuera deseable, en calidad de hechos palpables, y que sin embargo, son sumamente necesarios para poder entender la forma de funcionamiento de la psique y para sostener la coherencia de la estructura del psicoanálisis, no así -y esto es igualmente importante- para forzar la teoría pretendiendo la explicación de hechos puramente biológicos.

De cualquier modo, lo más relevante es que pudimos aterrizar y explicarnos la relación de correspondencia entre la práctica clínica y su derivado la compulsión de repetición, con su contraparte en la especulación teórica, la pulsión de muerte. Nos dimos cuenta de como esta venia surgiendo paulatinamente y como fue transformándose en algo necesario para las ilaciones de Freud, hasta quedar plasmada de manera definitiva en 1920 con su “Mas allá del principio del placer” y como ello forzó a una reconceptualización de las ideas y de la forma de intervenir en el psicoanálisis.

También alcanzamos el objetivo de llegar a elaborar para nosotros una deducción que nos diera cuenta de la relación existente entre la compulsión de repetición y el síntoma, más específicamente de la posibilidad de apreciación del primero a partir del reflejo del segundo, dándonos cuenta de que la compulsión de repetición hace las veces de síntoma, el cual se exterioriza en conductas encaminadas a instaurar la represión, pero, nos quedo claro, a condición de tomar

en cuenta que se trata de una represión fracasada, ya que no cumplió su finalidad de oponer resistencia a las expresiones del inconsciente y de que en base a ello generó grandes cantidades de displacer. Concluimos esta parte llevándonos el convencimiento de que todo esto se da de manera sumamente autónoma en relación a la realidad tal como la conocemos, de las motivaciones que lo impulsan y aún del desarrollo y la evolución de otros fenómenos psíquicos.

En un tercer momento, nos esclarecimos como es que pese a los intentos de algunos autores por acreditar a Sabina Spielerein como pionera y creadora en cuanto al tópico de la pulsión de muerte se refiere, ésta hablaba más bien de un *instinto* de destrucción como tal, por lo menos en la obra citada para justificar dichas aspiraciones, entiéndase “La destrucción como causa del devenir (1912), y que aquello de lo que Freud dialogaba era en efecto de una *pulsión* de muerte en el sentido que respaldan todos los otros conceptos que se le encadenan de la teoría psicoanalítica, por lo que reconociendo la diferencia sustancial entre ambos -instinto y pulsión- no nos pareció que quedara lugar posible para el malentendido. Pero sin embargo, reconocimos el acercamiento de ambas ideas, posibilitado por su coexistencia temporal y por la permeabilidad a la que eran asequibles debido a la formación médica de ambos y de su interés en la explicación de los procesos subjetivos del sujeto.

Finalizando nuestro andar por los caminos a los que fuimos llevados en esta tesis, concluimos en que las posturas implícitas de los autores franceses que retomamos para dilucidar su coincidencia con Freud o con Spielrein acerca de su conceptualización en relación a *la pulsión de muerte*, develan que sus puntos de encuentro se ubican con el creador del psicoanálisis, ya que toman en cuenta a la *pulsión de muerte* como un opuesto, un contrario de la pulsión de vida en la escala de las pulsiones y no como aquello que planteaba la psicoanalista sobre la pertenencia de la *pulsión de muerte* como elemento inherente contenido en la pulsión de vida, lo cual también nos dimos cuenta no solo se trata de una cuestión de términos o palabrería, sino que tiene efectos específicos en la forma de

entender el funcionamiento psíquico y la forma de abordar en la atención clínica lo complejo del sufrimiento humano.

## BIBLIOGRAFÍA

- Freud Sigmund, “Más allá del principio del placer” (1920), OC, T. XVIII, Ed. Amorrortu, Buenos Aires
- Carotenuto Aldo, “Una secreta simetría” (1984), Ed. Gedisa, Barcelona
- Freud Sigmund, “El malestar en la cultura” (1930 [1929]), OC, T. XXI, Ed. Amorrortu, Buenos Aires
- Freud Sigmund, y, Joseph Breuer, “Estudios sobre la histeria”, Sobre la psicoterapia de la histeria [Freud] (1893-1895), OC, T. II, Ed. Amorrortu, Buenos Aires
- Laplanche Jean, “Vida y muerte en psicoanálisis”, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1987
- Freud Sigmund, “Recordar, repetir y reelaborar” (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II) (1914), OC, T. XII, Ed. Amorrortu, Buenos Aires
- Freud Sigmund, “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915), OC, T. XIV, Ed. Amorrortu, Buenos Aires
- Freud Sigmund, “Lo ominoso” (1919), OC, Tomo XVII, Ed. Amorrortu, Buenos Aires
- Lacan Jaques, Seminario 1 “Los escritos técnicos de Freud”, Clase 1 Introducción a los comentarios sobre los escritos técnicos de Freud, 13 de enero de 1954, versión pdf, [http://www.elortiba.org/pdf/lacan\\_s1\\_c1.pdf](http://www.elortiba.org/pdf/lacan_s1_c1.pdf)
- Lacan Jacques, Seminario II “El yo en la teoría freudiana”, Clase 2 Saber, verdad, opinión, 24 de noviembre de 1954, Ed. Paidós, Buenos Aires
- Garrabé Jean, “La noche oscura del ser” (Una historia de la esquizofrenia), FCE, México, 1996
- Mannoni Octave, “Freud. El descubrimiento del inconsciente”, Ed. Nueva visión, Buenos Aires, 1987
- Freud Sigmund, “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (1933 [1932]) 32ª conferencia. Angustia y vida pulsional, Tomo XXII, Ed. Amorrortu, Buenos Aires

- Freud Sigmund, "Inhibición, síntoma y angustia" (1926 [1925]), OC, Tomo XX, Ed. Amorrortu, Buenos Aires
- Volnovich Juan Carlos, "Sabina Spielrein: expropiación intelectual en la historia del psicoanálisis", <http://www.psicomundo.com/foros/genero/sabina.htm>
- Freud Sigmund, "Carta 52" [Fechada en Viena el 6 de diciembre de 1896], OC, Tomo I, Ed. Amorrortu, Buenos Aires
- Freud Sigmund "La represión" (1915), OC, Tomo XIV, Ed. Amorrortu, Buenos Aires
- Freud Sigmund "Moisés y la religión monoteísta" (1939 [1934-1938]), OC, Tomo XXIII, Ed. Amorrortu, Buenos Aires
- Safouan Moustapha "Angustia, síntoma, inhibición" (1983), Colección Freud-Lacan, Ed. Nueva visión, a través de [www.LibrosTauro.com.ar](http://www.LibrosTauro.com.ar)
- Klein Melanie "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952), OC, Tomo III, Ed. Paidós Ibérica, Barcelona
- Spielrein Sabina "La destrucción como causa del devenir" (1912), versión Word, Jb. Psychoanal. Psychopath. Forsch., 4, 465, 1912, Traducción del alemán al italiano de Di Nico La distruzione come causa della nascita publicado en Giornale Storico di Psicologia Dinamica, Vol 1, Nro. 1, año 1977, Traducción del italiano al español de Inés Arteaga